Dama de Cera

Laura Greco

DAMA DE CERA

Laura Greco

LA CAÍDA

1

La noche se abrió de pronto, la dejó caer precipitadamente desde aquella horrible pesadilla a la realidad de su cuarto en penumbras. Mariel se incorporó en la cama de un salto, con los ojos abiertos en la oscuridad hiriente. Se encontraba agitada, la frente bañada en sudor y helada al mismo tiempo, las manos le temblaron cuando encendió la lámpara y se vio obligada a cerrar los ojos ante aquella nueva luz que le recordaba una realidad más espantosa que la pesadilla de hacía unos instantes. Hizo un esfuerzo para coger un cigarrillo sin que se le cayera de las manos, en cuanto terminó de encenderlo aspiró profundamente, tan profundamente como pudo. Acomodó un poco las almohadas y se ubicó en ellas mientras se observaba apáticamente en el enorme espejo que tenía frente a ella. Todas las noches la misma expresión, la misma escena, la misma noche. Se observaba fijamente como si aquella imagen gemela pudiera soplarle al oído una solución, mostrarle una salida, una vía de escape.

Mariel había sido una vez una mujer muy especial, bastante hermosa, pero más aún atractiva. Los ojos oscuros y rasgados aparecían ahora rodeados de profundas ojeras, hacía días que el maquillaje se encontraba ausente de ellos y la piel de su rostro ofrecía una palidez amarillenta debido a todos los excesos que cometía y a la falta total de voluntad. Siguió observándose fijamente y de pronto tuvo el impulso de pintarse los labios, como antes. Intentó bajarse de la cama, con el cigarrillo en la boca, esparciendo las cenizas sobre las sábanas de impecable seda morada. Buscó inútilmente la pantufla del pie derecho, tuvo que ponerse de pie descalza. Se mareó cuando lo hizo, la habitación giró a su alrededor para luego detenerse bruscamente. Sus piernas respondían a medias para permitir que ella llegara hasta el sinfonier y cogiera el lápiz labial. Al llegar al espejo buscó en uno de los cajones del mueble, encontró lo que buscaba pero sus manos continuaban temblando demasiado como para no ensuciarse y fue entonces, estando muy cerca del cristal, cuando descubrió su cabello color miel despeinado y opaco, su rostro macilento y demacrado, descubrió pequeñas arrugas alrededor de sus ojos que aumentaban su edad. Casi ni recordaba que tenía veinticuatro años.

2

No resultaba sencillo determinar cuándo Mariel había comenzado aquella metamorfosis interna. Se había vuelto totalmente incapaz de demostrar abiertamente cualquier clase de sentimiento, ya fuera de alegría o de tristeza, como si una gigantesca e invencible coraza contuviera sus emociones hasta llegar a asfixiarla. Había perdido la capacidad de llorar, en escasas ocasiones dejaba deslizar un par de silenciosas e insípidas lágrimas, las cuales pasaban totalmente desapercibidas para el resto del mundo y hasta para sí misma, nadie hubiera podido asegurar que estaba realmente llorando. En cambio, solía ahogarse en una impotencia amarga que le cerraba la garganta a la vez que su rostro conservaba la expresión de costumbre. Tampoco recordaba cuánto hacía que no reía. Todos aquellos que la conocían coincidían en que se trataba de una mujer hermosa, deseable, y al mismo tiempo ausente, inanimada, herméticamente encerrada en sí misma.

Mariel se encontraba recluida en una celda, la más segura de ellas, se encontraba encarcelada en su propio cuerpo.

3

Mario viajaba por la autopista de regreso a casa. Mientras conducía su Mercedes Benz sacado hacía apenas unos días del concesionario pensaba en sus negocios, en todo el trabajo pendiente durante la mañana en sus oficinas, en el dinero que debería ser depositado,... sí, además a las 10 tenía una entrevista con ... Bueno, pensó bostezando, ya era demasiado tarde para pensar en ello. Por costumbre observó la hora en su reloj de oro. Las 4 de la mañana. Esta vez no se arrepentía, se trataba de algo demasiado especial, le había costado conseguir a esa mujer, pero Mario Vissner siempre obtenía lo mejor. Así había pensado él cuando se casó con Mariel. Sin embargo, últimamente ella comenzaba a fallarle y él se preguntaba por qué. Le resultaba imposible pensar siquiera que ella estuviera celosa, esas cosas no existían en su matrimonio. Desde un principio habían sido lo suficientemente claros respecto a eso.

Con sus 47 años, Mario conservaba el mejor de los aspectos. Se sentía sumamente satisfecho consigo mismo. Su cabello castaño apenas se iluminaba con algunas canas en las sienes que parecían hacerlo aún más atractivo, sus ojos muy claros, transparentes y nítidamente verdes delataban que detrás de ellos habitaba un ser

inteligente, egoísta y seductor.

4

Las dos pastillas de Noctamid no habían hecho efecto. Mariel se preguntó si también había tomado los hipnóticos o los ansiolíticos…, no podía recordar a qué había recurrido en aquella ocasión. No podía recordar. Daba igual. Se encontraba tan ansiosa que sentía que en cualquier momento estallaría en mil pedazos, que su cuerpo no resistiría la presión.

Las 4 y 20, las 4 y 20... Mario no había llegado. Maldito sea! ¿Por qué no llegaba? ¿Por qué no regresaba pronto? ¿Acaso no sabía que ella lo necesitaba? Que se encontraba sola, que necesitaba ayuda. No quiso preguntarse a sí misma dònde se encontraría él, lo sabía demasiado bien, conocía a la perfección las costumbres de su marido. Esa noche debía tratarse de alguien muy especial, alguna mejor que las otras, está de más decirlo mejor que ella. Odió a aquella mujer, odió a Mario, se odió a sí misma más que a los otros.

Cuando oyó los pasos de su esposo subiendo las escaleras cerró los ojos y se metió debajo de las sábanas simulando estar dormida. Oyó la puerta abrirse y cerrarse, lo oyó caminar por el cuarto, meterse en el cuarto de baño, abrir el grifo... Lo oyó desvestirse lentamente y lo sintió a su lado, frío, debajo de sus mismas sábanas. Instintivamente se apartó de él ante el contacto de su cuerpo, como si hubiera sentido una repentina repulsión.

- ¿Despierta? – preguntó él sorprendido.

Mariel no respondió. Se limitó a observar el color de sus ojos, las pequeñas arrugas en la frente y la comisura de los labios, aquellas que tanto le habían gustado la primera vez que lo vio.

- Me desperté ahora.- mintió.

Mario la besó rápidamente, apagó la luz de la lámpara y se volteó ofreciéndole la espalda, Mariel sintió nuevamente la impotencia aflorar y estrangular su garganta, pero hacía tanto tiempo que no lloraba que ya no recordaba cómo hacerlo.

Había percibido el olor a alcohol en su aliento. La mirada de su esposo traía aquel brillo especial, acostumbrado, aquel brillo que tenía siempre que se encontraba demasiado bien con algo y por supuesto no deseaba ni permitía que nada ni nadie lo distrajera con otra cosa. Mario siempre prolongaba en su mente los momentos de placer. Lo envidiaba, ella sólo sabía volver a sufrir mil muertes con cada recuerdo desagradable.

5

Inútil, no podría dormir, todo giraba a su alrededor y sentía que los muebles se mecían, sobre todo la cama debajo de ella. Con la garganta reseca y los nervios destrozados intentó pensar en otra cosa que no fuera el alcohol. Necesitaba ayuda, ella lo sabía mejor que nadie, pero no podía pedirla, nadie estaba en condiciones de dársela. Nadie existía, nadie más que los horribles fantasmas de su mente, sus ansias, su angustia, su depresión, su impotencia.

Se levantó de la cama, el cuarto a oscuras recortó su silueta tambaleante que finalmente alcanzó una silla mecedora y se sentó en ella hamacándose. Encendió lentamente un cigarrillo y siguió meciéndose más y más rápidamente, aumentando a medida que su mente pensaba más y más deprisa.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Porque lo había esperado hasta las 4 y 30 de la mañana y al llegar él casi no le había prestado atención. Porque muy en el fondo de su ser hubiera deseado que le hablara, la mimara, se preocupara por ella, le hubiera hecho el amor o al menos le hubiera explicado la razón de su ausencia.

Mariel entrecerró sus ojos rasgados, oscuros, casi de niña, y ahora tan inexpresivos. Los cerró fuertemente intentando esquivar los recuerdos que se agolpaban en su mente, que la asfixiaban. No soportó más. Se puso de pie tambaleante y salió de la habitación.

Tropezándose con la oscuridad en la escalera llegó a la cocina. Buscó a tientas el frigorífico para coger una botella de vino, la débil luz iluminó su pálido rostro, sus manos blancas sirvieron la bebida en un vaso cualquiera. Se dejó caer en una silla y bebió ávidamente. Sí, pronto se sentiría mejor, mucho mejor. Se sirvió otro vaso, así todo estaba mejor. Ella sola no podía vencerlo, nadie la ayudaba, entonces es que a nadie le importaba. Seguiría bebiendo. Sonrío irónicamente y hasta rio burlona ¿Cuánto costaba desprenderse del pasado, alejarse de los momentos y las sensaciones vividas? ¡Cuánto le costaba renovar su existencia y olvidar! Poco a poco fue convirtiéndose en un objeto, en una mujer de cera, sin sentimientos aparentes, de una frialdad exasperante. Muriendo, desgarrándose por dentro. En lo más íntimo de su ser la cera comenzaba a derretirse y ni el dinero ni su posición social ni la autoridad de Mario Vissner podrían impedir que dentro de muy poco tiempo también se destruyera el caparazón como ya comenzaba a suceder.

Mariel recordó las caricias de Ángel, aquel muchacho a quien jamás había podido borrar de su vida, el cual ya debería ser todo un hombre. Pero, si tan sólo recordarlo le erizaba la piel. Había

cambiado, se había endurecido, jamás volvería a sentir algo semejante.

Volvió a llenar el vaso y a beber casi de un solo trago, la claridad comenzaba a filtrarse por la ventana de la cocina y el sueño también.

Alejandro llegó cansado pero sin sueño. Se pasó la mano por la maraña de cabello negro y liso, despeinado, luego por el rostro, sintió la barba crecida y decidió que aún pasarían unos algunos días hasta que la afeitara. De pronto, tuvo deseos de tomar una enorme taza de café caliente.

El reloj de pared marcaba las siete de la mañana. Cuando entró a la cocina se sorprendió de que fuera tan tarde. De pronto vio un bulto debajo de la mesa y sobre ésta un vaso y dos botellas, una totalmente vacía y la otra por la mitad. No le hizo falta pensar demasiado para saber de qué se trataba. Se acercó al bulto, se inclinó, una de sus manos toco el rostro helado de Mariel. Ella ni se movió. El muchacho sintió deseos de gritar, de pegarle, de matarla, o en todo caso de hacer eso mismo con su padre, con Mario Vissner. No supo qué pensar. Ella no aceptaba su ayuda, lo rechazaba, lo aceptaba, lo agredía, lo mimaba. Alejandro comprendía, ella no quería arrastrarlo en lo que a ella le sucedía. Apartó suavemente la silla de donde su madrastra se había caído y luego la alzó en sus brazos para llevarla a la cama.

Cuando terminó de subir las escaleras se detuvo antes de llevarla al cuarto de su padre. Sintió rechazo y asco hacia él. No merecía que la colocara en su misma cama y Mariel no merecía que le dieran semejante compañía. Se encaminó hacia su propio cuarto y la depositó en su cama, la abrigó, la compadeció a pesar de sí mismo y se odió por eso. Salió de la habitación rápidamente intentando deshacerse de todos los sentimientos que se agolpaban en él.

La criada, una mujer de unos cuarenta años, separada, maternal, cuidaba la casa con devoción, cosa que a veces exasperaba a todos.

 ¿Quién ha dejado esto aquí anoche? – preguntó Clara mientras le preparaba el desayuno a Alejandro y a su padre.

 No te importa. – respondió Alejandro sabiendo bien quién había dejado el par de botellas. – Siempre estás metiéndote en todo lo que no te llaman. ¿Me quieres decir cuándo te limitarás a lo que te corresponde hacer?

 Perdona. - respondió Clara, sospechando que había tocado un tema demasiado delicado.

 No, no pasa nada... es que siempre estás en esos detalles... – se

adelantó él sonriendo e intentando disimular.

Mario ni siquiera levantó la cabeza, sabía muy bien a qué se referían y también cuánto defendían ellos dos a su mujer. Terminaría el desayuno, saldría para su despacho y se olvidaría de aquel problema doméstico, el cual ni siquiera le interesaba.

 ¿Le llevo el desayuno a la señora, Sr. Vissner?

 No – respondió Mario secamente. – Ella siempre duerme hasta muy tarde y no le gustaría que le molestara a esta hora.

Vissner se puso de pie y salió de la cocina. Alejandro y Clara se miraron. Alejandro también se retiró sin terminar su desayuno. El restaurante de siempre, los amigos de siempre. Mario muy guapo. El matrimonio que los acompañaba alegre, divertido y conversando todo el tiempo sin parar. Mariel perfecta y discretamente vestida, hipócrita, sonriendo sin sonreír, hablando sin hablar, riendo sin reír.

 ¿Qué pasa Mariel? –preguntó Eduardo – Estás ausente hoy. No – respondió ella con su sonrisa de piedra – nunca he estado tan bien como hoy, lo que ocurre es que me siento un poco indispuesta.

Y en realidad no se sentía bien. El cava le había bloqueado el cerebro y dado vuelta el estómago. No podía pensar con claridad. La palabra justa para describir su estado de ánimo era ABURRIMIENTO. Hubiera sido capaz de describir con lujo de detalles al camarero, a sus amigos, las mesas y todo lo que allí había. Apagó el cigarrillo apretándolo con fuerza en el cenicero, como si quisiera aniquilar a su peor enemigo. Alzó la mirada y vio, sin demasiado interés, a una mujer de espaldas sentada frente a ella. De pronto sintió que algo especial había en ella, aunque se trataba de una muchacha sin ninguna característica sobresaliente. Frente a ésta se encontraba un hombre de quien Mariel sólo podía distinguir su perfil. Sintió que la sangre que corría por sus venas se detenía, se transformaba en líquido candente, una sensación horrible y fantástica al mismo tiempo, fantástica porque era señal de que aún se encontraba con vida, que aún podía sentir.

Sus manos temblaron cuando tuvo que aceptar la copa que Mario le alcanzó. Bebió sin titubear hasta la última gota, dudando de lo que sus propios ojos le mostraban, dudando de sí misma, pensando si no se trataba de un sueño más de los tantos que la acosaban.

Encendió otro cigarrillo. No. No lo había olvidado. No había podido olvidarlo, su cabello rubio, liso, sus ojos color miel; a los 26 años estaba casi igual.

Tantas veces Mariel había meditado acerca del momento en que

volvería a encontrarse con él, por casualidad. Pero jamás había creído verdaderamente que aquello podría suceder. El hombre, Ángel, alzó desde su mesa la mirada hacia ella, la miró fijamente. Una nube de reconocimiento se dibujo en sus ojos y Mariel sintió que estaba a punto desmayarse. Se puso de pie bajo la excusa de ir al servicio, él le siguió con la mirada. Al llegar al cuarto de baño Mariel se apoyó en la pared. Deseaba salir inmediatamente de aquel restaurante, necesitaba tomar aire.

6

 Salgo a comprar cigarrillos.- dijo al regresar a la mesa. Pero si has salido con un paquete entero.- replicó Mario. Aquí tienes, coge los míos – ofreció Eduardo.

Mariel ni siquiera los escuchaba.

 Mariel, te dejas el abrigo… – le advirtió su esposo cuando se alejaba de la mesa poco menos que corriendo.

Volvió sobre sus pasos, se colocó el abrigo de piel, salió a la calle. Inspiró profundamente llenándose los pulmones, le costaba hacerlo, sentía que se asfixiaba. Aún conservaba las esperanzas de que no se tratara de quien ella suponía. Pero en su mente bullían los recuerdos y aunque no hubiera podido definir una escena determinada del pasado la invadió su perfume, su voz, sus manos, su piel; la invadió el recuerdo de lo vivido en una época en que todo resultaba diferente, hasta ellos mismos lo eran. Cada estación del año les brindaba un aroma particular y el verano se distinguía claramente desde Junio, por su aire espeso y caliente, su olor tan especial, los deseos de amar y el orgullo de sentirse jóvenes. De pronto, se encontró sin poder determinar si aún se encontraba en el pasado o viviendo aquella absurda realidad de aquel decadente presente. Se había trasladado a una dimensión intermedia en la cual lo único importante eran los sentimientos libres de arbitrariedades. Se sintió incapaz, totalmente incapaz, de asumir su rol como esposa de Mario Vissner. La invadió la impotencia del imposible retorno al pasado y de amar a Ángel nuevamente.

Caminó rápidamente media calle sin saber exactamente adónde se dirigía, más perdida que nunca, pensó en coger un taxi y regresar a su casa, pero no podía dejar a Mario en el restaurante, aún

conservaba un resto de sentido común. Además, aquel sitio donde convivía con su esposo no podía llamarse realmente casa. Al doblar la esquina, sintió pasos a sus espaldas, se volvió pensando que se trataba de su esposo que había decidido acompañarla. Se equivocó.

Se encontró con sus ojos castaños, fríos y cristalinos. ”Hola extraño” se dijo a sí misma. Sí, había cambiado. Había crecido. Había nacido nuevamente y muerto y resucitado y muerto otra vez..., un completo extraño. Se apoyó en el frente de una casa. No sabía qué decir.

 Hola, María. – dijo Ángel con su voz inconfundible. Mariel sintió que moría de vergüenza, dos palabras y se catapultó al pasado rompiendo la pequeña membrana que unía su frialdad y su practicidad haciéndole perder el poco equilibrio conseguido tras terribles esfuerzos. Hubiera deseado decirle, explicarle un millón de cosas, pero una mano gigantesca oprimía su garganta impidiendo que de su boca saliera una sola palabra ya fuera coherente o incoherente.

 Estás... muy cambiada.- continuó él mientras ella intentaba descubrir que decían sus ojos.

 Perdóname – pudo decir con un hilo de voz. Él sonrió ligeramente, fue una mueca más que una sonrisa.

 ¿Yo a ti? – preguntó – no hay rencores ni hay nada que perdonar tampoco. Siempre has sido demasiado importante para mí así que el perdonar o no, no cuenta.

Se miraron fijamente en silencio. Mariel casi había olvidado aquella mirada que le inspiraba ahora lo mismo que entonces. Descubrió que lo deseaba tanto como en su adolescencia, que a pesar de los años hubiera vuelto a hacer exactamente lo mismo. Se acercó a él y apoyó la palma de sus manos sobre su pecho deslizándolas lenta y suavemente. Él se inclinó y apenas rozó sus labios. Seguían siendo tibios y dulces. Mariel le respondió con efusividad intentando recuperar cada instante perdido. Habían cambiado. El miedo, el orgullo, la vanidad, se agolparon en su mente taladrando su cerebro e instando a su conciencia de mujer que a causa de aquel hombre había comenzado a convertirse en una piedra. Lo alejó de sí.

Ángel le acarició los brazos tiernamente como si comprendiera su turbación. Ni siquiera intentó acercarse o decir alguna tontería.

 Me voy – dijo Mariel.

Él la cogió fuertemente del brazo.

 No –dijo seca y firmemente – No vuelvo a perderte.

 Mi marido me espera, tengo que irme – dijo como si él conociera

su vida actual.
 También me espera mi mujer – respondió él como lo más natural del mundo. Mariel sonrió ampliamente riéndose de algo que ni ella misma comprendía. Tal vez porque la vida se burlaba de ella en su propia cara.

Comenzó a sentirse borracha. Se había casado. Se habían casado. Le dio su tarjeta fría y cortesmente y se marchó sin mirar atrás, sin decir adiós, sin pensar, sintiendo que la calle se prolongaba debajo de sus pies, que cada uno de sus pasos se multiplicaba en kilómetros. Llegó al restaurante totalmente indispuesta.

En el coche, durante el viaje de regreso, Mariel no pronunció ni una sola palabra. Se acurrucó contra la puerta y cerró los ojos. Después de más de 4 años, después de haber vendido su alma al diablo volvía a encontrarse con él. No era justo. Ya no podía arrepentirse, ya se encontraba irremediablemente perdida en el camino y jamás podría regresar. Se sintió egoísta y arrepentida. No entendía cómo Ángel había podido perdonarla. Lo amaba pero a pesar de eso necesitaba ayuda. Se sentía indefensa, necesitaba que alguien la ayudara a alejarse de él y para ello nadie más adecuado que su esposo.

7

 Has llegado pálida como una muerta –dijo Mario en la casa mientras subía al dormitorio.
 No me sentía bien, ya te lo he dicho – respondió ella con la indiferencia y el desprecio de siempre.
 No me vengas con eso, sabes muy bien que era otra cosa la que te sucedía.
 No sé de qué me hablas – respondió sin mirarlo Él descendió por las escaleras hasta ella, quien mientras tanto se dirigía al bar a servirse un whisky.
 No sabes hacer otra cosa más que eso, ¿verdad? Cuando tienes problemas o te sientes agobiada lo primero que haces es ir y coger la botella o el bote de pastillas, o el cigarrillo. ¿Cuándo vas a detenerte?
 ¿Cuándo vas a detenerte tú? ¿Desde cuándo te has convertido en un puritano? – respondió Mariel bebiendo un trago.
 ¿Qué más deseas? – le preguntó cogiéndola por los hombros
- ¿Qué necesitas? Dímelo.
 Nada, lo tengo todo – respondió con una sonrisa irónica que su esposo malinterpretó.

La estrecho violentamente y comenzó a besarla en los hombros y el cuello. Mariel lo rechazó con un brusco movimiento. Él se alejó mirándola con real asombro. Mariel bebió otro trago y él como de un zarpazo le arrebató el vaso de la mano y lo arrojó furioso contra la pared, éste se hizo mil pedazos mientras el líquido ámbar se deslizaba por el fino empapelado.

Mariel lo miró impasible, una estatua de mármol hubiera mostrado una expresión más viva. Se sentía flotando en su vestido de seda. Se volvió a servir, se acercó a su esposo y le ofreció el vaso.

 ¿Sigo llenando vasos hasta que te canses de romperlos? Paso de ti, estás más que loca.

8

Se quedo inmóvil mirándolo como si él fuera una visión armándose y desarmándose en el aire. Deseaba decirle que no sabía lo que hacía, que en realidad necesitaba que él la ayudara, que se sentía muy sola y desamparada y necesitaba que él estuviera muy cerca, que la abrazara, la estrechara, le hiciera sentir su presencia. Realmente no se comprendía a sí misma por haberlo agredido, simplemente se había defendido del único modo que sabía hacerlo.

A la mañana siguiente, la despertó el teléfono. Mario se encontraba en el cuarto de baño rasurándose y con la puerta entornada. Mariel extendió el brazo para alcanzar el teléfono sobre la mesa de noche.

 Hola. – escuchó y supo que era él.

 ¿Cómo estás? – respondió sorprendida, intentando disimular su nerviosismo, mientras buscaba a tientas un cigarro.

 Bien..., muy bien, me gustaría verte.

Se sintió estúpida, se pasó la mano por el cabello intentando despabilarse.

 Bueno,... no sé. – respondió ella – No sé si podré, si acaso llámame antes de venir ¿sí?

 ¿Está tu marido por ahí? ¿A ti no te apetece verme? Mariel no respondió, le dio una profunda calada al cigarrillo y pensó rápidamente.

 Hola. María Elsa.

 Sí, sí, te escucho, cuando quieras, sí, por la noche, llámame más tarde, saludos a Juan.

Había inventado una conversación desprolija y absurda, cortó la comunicación sin permitir que Ángel le dijera una sola palabra más. El corazón le latía a ritmos desmesurados y sabía bien a qué se debía. No se trataba de amor sino de temor.
 ¿Era él? – preguntó Mario saliendo del cuarto de baño con una toalla en la mano.
 Era Silvia – mintió Mariel.
 Mariel… – comenzó a decir él sentándose en la cama.
 María Elsa – lo corrigió ella irritada –No me llamo Mariel sino María Elsa.
 ¿Desde cuándo esta novedad? Ya sé como te llamas, pero siempre te hemos dicho Mariel. A todos les gusta. ¿Quién puede querer a alguien como tú pero que se llame María Elsa? – se detuvo un instante, la miró con ojos escrutadores y sin el más mínimo rencor por lo sucedido la noche anterior, le acarició el cabello y continuó con aire de saberlo todo. – Eres muy tonta ¿sabes? Eres mi mujer, pero puedes confiar en mi. ¿Es por él? Conozco la historia ¿Es él?
Mariel lo miró sin comprender. ¿Cómo podía él saberlo? Esta noche –prosiguió Mario – me voy y no regreso hasta dentro de un par de días. Estás aterrorizada por tí misma y de lo que sientes. Temes sentirte enfermizamente culpable. ¿Qué es esto? ¿Una licencia? – preguntó Mariel agriamente. No, no quiero perderte. Eres mi esposa y por diferentes razones deseo que así siga siendo. No me importa lo que tengas con él porque de todos modos estas pegada a mí. Vas a seguir siendo mi mujer. Eso de casarme con alguien tan joven no me ha sido de demasiada ayuda ¿sabes? ¡Y yo que llamaba estúpida a mi hermana por casarse con uno diez años más joven que ella! Yo a ti te llevo más pero es diferente, desde que la infeliz de Claudia se casó nunca más nos hablamos hasta el día de su divorcio, ya que lo suyo era un sinsentido.
 ¿Tu hermana era feliz con él? ¿Por qué se separó? Yo qué sé. No puedo creer que haya sido muy feliz y si se separó fue porque a ese tío nunca le ha gustado comprometerse demasiado con nada ni nadie, salvo con la cuenta bancaria y los bienes de Claudia Vissner. Tendrías que haberlo visto, lo contradictorio que era, creo que es mejor que jamás lo hayas conocido.

9

Alejandro sabía que su padre saldría de viaje aquella misma noche y que Mariel, casi como siempre, se quedaría sola. Esta vez más sola. Sin embargo había hecho sus planes y se encaminaba a la

casa de Dolores donde estudiaría y se quedaría a dormir. Era lógico, además de sensato, debía continuar con su vida, a fin de cuentas Mariel era la esposa de su padre, que él se ocupara de ella, que se preocupara.

No. No podía dejar de pensar que Mariel podría necesitarlo, que mientras él estaba estudiando ella estaría sola, perdida, indefensa, que se aferraría al whisky, las pastillas o la coca. Que amanecería totalmente borracha en cualquier parte de la casa, intoxicada y que después tendría un día fatal con mareos y dolores de cabeza. Pero si él la acompañara, si se quedara con ella, conversaran... Mariel lo había ayudado tanto todo el tiempo, había hecho tanto por él que no podía explicárselo. En su desvarío nadie mejor que ella para dar un consejo, para apoyar o acompañar. Y ahora a ella quién la acompañaba. Nadie. Alejandro titubeó, pensó en volver, en quedarse con ella. No lo hizo. Se odió a sí mismo por dejarla sola, por no corresponderle, pero no regresó.

10

Sola, como siempre. ¿Qué había querido decir Mario aquella mañana? ¿Acaso realmente le daba permiso? ¡Qué ridículo! Ángel no había vuelto a llamar. Mario se marchaba esa misma noche. Alejandro pasaría la noche fuera y Mariel estaba en la biblioteca, recostada en el sofá, escuchando música. Mario entró a la habitación y de pronto ella tuvo un mal presentimiento. Él la miró con simpatía guiñándole un ojo, apenas pudo verlo ya que el cuarto estaba en penumbras. Siempre le había gustado Mario, tan elegante, distinguido, tan mala persona. Por un breve instante sintió terribles celos, celos de manos y de bocas, y cuerpos que hubieran estado en contacto con él.

Cuando Mario se acercó al sofá ella le extendió su mano, él la aceptó sin titubear acariciándola fuertemente ya que como siempre las manos de Mariel estaban heladas.

 No te vayas – pidió ella suplicando mientras hacía que él se sentara a su lado – Mario, por favor, no te vayas.

 ¿Desde cuándo me echas tanto de menos? – preguntó él burlonamente a la vez que la acariciaba lenta y meticulosamente.

 Desde siempre – respondió Mariel apoyando su cabeza en el pecho de él. Sintió su perfume y la angustia se apoderó de ella otra vez. – Tú no comprendes. Quédate, por favor, si lo haces te prometo que no tocaré el alcohol... Yo, yo sé que te molesta, no voy a tomar ni un cuarto de pastilla ni a fumar nada de nada... Mariel alzó la

cabeza hacia él esperando una respuesta. Él le apartó el cabello de la cara y la besó rápidamente. Ella lo envolvió con sus brazos haciéndolo deslizar junto a ella en el sofá.
 Sólo cinco minutos, cariño. – pidió ella besándolo e intentando retenerlo. Lo hacía sabiendo que de todos modos no serviría si el sexo podía ser más fuerte que el cariño que le tenía.
Por un breve instante, Mariel llegó a pensar que Mario se quedaría con ella toda la noche, que había logrado como tantas otras veces que él se dejara llevar por el deseo. Sin embargo, Mario se apartó de ella rápidamente, se puso de pie y encendió un cigarrillo sin mirarla siquiera. Ella se lo quitó de los labios obligándole a encender otro.
 ¿Qué pasa? – preguntó acariciándole la mejilla con el dorso de su mano de escarcha, mientras le mordía suavemente los labios.
 Que te conozco demasiado bien – respondió él con delicada firmeza.
 ¿Acaso no te gusta estar conmigo? ¿No te gusta hacerme el amor...? Eso es, ya no te gusta, ya no te interesa – aseguró Mariel mientras continuaba provocándolo. Mario respondió a las caricias para luego apartarse con nueva y repentina frialdad.
 Me gusta mucho – respondió alejándose - por eso mismo. Has comenzado con que deseabas que me quedara, como has visto que no conseguías nada pidiendo, has decidido hacerme perder el vuelo con tus mañas que son varias.
 He dicho cinco minutos – se defendió ella contrariada – y así hubiera sido.
 Tú no te llamas cinco minutos. Te conozco demasiado bien. Nunca te olvides de lo mucho que sabemos el uno del otro – respondió Mario acariciándole el cabello y sintiendo el deseo crecer en él, conociendo muy bien que a pesar de todo, a pesar de dominar a su mujer, había algo en ella que aún lo hacía titubear en su dominio. Se alejó arreglándose la corbata. Hacía veinte minutos que el chofer esperaba en la puerta. Mariel lo alcanzó y lo llamó.
 No me dejes. No ahora, no esta noche. Ayúdame, por favor, ayúdame, te necesito – suplicó aferrándose a su brazo – Ayúdame.
 ¿A qué? – preguntó él con una frialdad que la paralizó.
 Esta mañana... has dicho que no querías perderme... yo... tampoco quiero perderte a ti. Porque aunque no lo creas, deseo que todo salga bien, que me dejes quererte, quererte de verdad.
 No es necesario, Mariel.
 Mario, no quiero volver atrás, necesito ayuda, jamás me he sentido capaz de pedirla, jamás mi orgullo me ha permitido decir que no puedo quedarme sola, que siento que ... que me vuelvo loca.

El único que puede ayudarme eres tú.
 Hasta la vuelta. – respondió él besándola ligeramente en la frente.

11

Le volvió la espalda, cogió su maletín negro, salió de la casa, cerró la puerta. La puerta se cerró. Adiós a todo contacto con otro ser humano, más que la criada, quien no podía ayudarla. Comenzó a temblar, se acercó a la ventana pero Mario ya se había marchado. La calle desierta, helada, oscura e intransitada la observaba a través del cristal. Siguió estremeciéndose, mordiéndose los labios sin poder contener todo lo que afloraba en ella. Se sentía muy mal, tan mal que no tenía fuerzas para moverse siquiera, como si no fuese capaz de efectuar un solo movimiento.

El mundo era inconstante, cambiante ¿por qué no podía ser ella tan inconstante y cambiante como el mundo? No tenía opción, los hombres se habían adjudicado el derecho de retirarse a su antojo, ella podía esperar o marcharse. Le dolía la paciencia de tanto esperar.

12

 ¿Qué pasa contigo? empujando a su amigo. ¡Alejandro! – preguntó Javier

Alejandro apenas despegó los codos de la mesa, miró a su amigo desde el ensueño de sus ojos profundos, muy oscuros. Javier encendió uno de sus tantos cigarrillos negros, la habitación se inundó de ese olor dulzón y ácido. Alejandro lo imitó y esta vez lo miró de frente, sonriendo.

 ¿Qué decías?
 Que en qué piensas. - repitió el otro.
 No lo sé, en todo y en nada – respondió Alejandro

echándose a la cama. Como siempre se peinó con los dedos los mechones de cabello que le caían a la cara – en cualquier cosa menos en economía o matemáticas.

 ¿En Dolores?

Alejandro negó con la cabeza, decidido.

 No, pienso en... en cómo ayudar, en qué hacer, no sé... No comprendo.
 Pienso que no me apetece diplomarme, ni estudiar siquiera,

que hay mogollón de cosas que no me apetece hacer. Bueno, tío, las cosas son así.

Alejandro no respondió, una sonrisa cómplice apareció en su rostro y sacó del bolsillo de su chaqueta un pequeño trozo de papel y algo que según él le ayudaría a pensar.

13

La casa se había convertido en una enorme e inhabitable caja vacía. Una caja herméticamente cerrada y asfixiante. Mariel bebía whisky sentada a la barra del bar de la sala. Se había propuesto moderarse aquella noche, no beber más de tres o cuatro copas. No podía ir a dormir, apenas se acostaba miles de fantasmas aparecían en su mente, sentía que enloquecía y debía levantarse sin perder ni un momento. No podía salir. No podía esperar. Tampoco podía morirse esperando en aquella casa a que ocurriera lo que tanto temía: enfrentarse al pasado, con la nebulosa de lo anterior e irrecuperable, internarse en una nueva dimensión de delirio que ya comenzaba a conocer. Llegó a pensar seriamente que lo mejor sería emborracharse.

Cuando el sonido del timbre retumbó en la casa, el corazón le dio un vuelco y sus manos temblaron al alcanzar el paquete de tabaco. Era muy sencillo: no atendería, pensaría en otra cosa, lo dejaría allí fuera esperando, esperando hasta que se cansara y se fuera. Se observó en el espejo del bar. Al oír el timbre de la puerta por segunda vez no pudo dominarse.

14

Se encontró nuevamente con sus ojos, aún seguía sin descubrir qué sentimientos había en ellos. Ángel se adelantó hacia ella cerrando la puerta detrás de él. Mariel comenzó a temblar de pies a cabeza sin poder evitarlo. ¿Lo amaba? Ya no estaba segura. Se encontraba asustaba. Él puso sus manos en los hombros de ella, las deslizó por su espalda para luego estrecharla fuertemente, sin hablar, simplemente sintiendo, para besarla luego con avidez, intentando recuperar cada mes, cada día, cada instante perdido,

arañando en el tiempo, escarbando en el espacio para encontrar algo similar a lo que fue. Hallaron muy poco. Ángel despertaba en ella los más extraños sentimientos. Descubrió entonces, sin embargo, que jamás había dejado de amarlo. En aquel mismo instante lo amaba con la misma vehemencia de hacía cuatro años atrás pero con más rencor, desaliento y ansiedad.

15

El alba la halló despierta, con la mirada fijamente puesta en un objeto inexistente, tal vez en el maldito espejo. Se volvió hacia Ángel. Dormía. Había cambiado, pensó Mariel, se había convertido en un perfecto extraño. Se habían amado como adultos que apenas se conocen, no como aquellos jóvenes que compartieran cada milímetro de su ser. El ansia desbordante no era lo único que Mariel esperaba de él, en todo caso tal vez se trataba de lo último. En cambio esperaba ese conocimiento mutuo y tácito que casi no obtuvieron.

El rubio cabello cubría la frente de Ángel, a ella le resultaba difícil creer que él se encontraba a su lado. Volvía a tenerlo después de tanto tiempo, aunque ya no le perteneciera, aunque sentirlo junto a ella la lastimara hasta desgarrarla profundamente. Lo amaba y él ya no le pertenecía en absoluto. Ya no podía meterse debajo de su piel y sentirse etérea. Ya no sentía. Mariel no se encontraba ni bien ni feliz por recobrar aquellos momentos del pasado. Se encontraba en un total estado de inercia, mirándose en el espejo sin verse, recibiendo el amanecer. Miles de gusanos carcomían sus entrañas y se sentía peor que de costumbre. Sufría un terrible dolor de cabeza, náuseas y la necesidad de un whisky, por lo menos. Tenía la boca seca, encendió un cigarrillo y esperó.

16

Mariel estaba en la cocina, preparándose una enorme taza de café, cuando entró Ángel, su mirada traía algo peculiar. Algo había quedado pendiente entre ellos dos.

 Bueno, me voy – anunció él colocándose la chaqueta.

 ¿Ya? ¿No te apetece café o algo? – preguntó ella siguiendolo hasta la sala.

 Ni café ni algo – respondió él secamente, como si ella fuese una

completa extraña.
 ¿Qué te sucede?
 Debo marcharme. – respondió tan secamente como antes, como si se sintiera incómodo ante su presencia, como si necesitara desaparecer de allí. La besó ligeramente, indiferente, como quien se marcha y no le interesa si ha de regresar.

Mariel se quedó de pie, mirando la puerta ya cerrada. La puerta cerrada otra vez. La noche anterior Mario, ahora Ángel. La misma escena. Ella frente a una puerta cerrada en su cara. Una negativa. Un rechazo. Una fuga. Como si ella inspirara terror o, lo que es peor, como si a nadie le interesara siquiera. Ella se quedaba allí dentro con sus miedos, sus fantasmas, sus recuerdos, sus terrores. Ellos veían la luz, salían a la calle, podían respirar el aire puro que a ella la enfermaba. No quería luz ni aire, sólo estar a oscuras y ni siquiera respirar, sentirse embriagada, aturdida, dormida. Quizás fuera maravilloso vivir el mundo exterior. Mariel ya casi no recordaba cómo era, cuando lo intentaba la luz lastimaba sus ojos y se sentía más sola y perdida aún, sus miedos se incrementaban y se asfixiaba, deseaba que alguien la cogiera de la mano y la llevara. Alguien debía mostrárselo nuevamente y reconciliarla con la vida.

¡Maldito sea también él! ¿Qué había significado aquella noche? Se sentía avergonzada, humillada y sucia. Tuvo deseos de esconderse hasta de sí misma al darse cuenta de todo. Absolutamente todo aquello había resultado un error, un lamentable error que la hundiría aún más en el terrible abismo del aturdimiento, el alcohol y autodesprecio. Sentía que perdería la razón si al menos un solo milímetro de su cuerpo y su mente no le susurraba siquiera que estaba equivocada, que había merecido la pena, que no había sido un simple intercambio de servicios. Lo amaba, sentía que no podía separarse de él, pero al cerrarse aquella puerta algo se había vuelto a quebrar, a soltar como la cuerda tensa de un arco, lanzando su flecha al aire, clavándose fieramente en el centro de su cabeza. Aquello la había atravesado y paralizado.

Mabel subió lentamente los tres pisos de escalera hasta su cuarto. Se encontraba agotada, los pies le dolían tanto que ya casi no los sentía. Al llegar al corredor reaccionó respecto al terrible olor a humedad que habitaba continuamente la pensión. El piso de linóleum levantado y roto, las paredes descascaradas, los cristales sucios. Conocía muy bien que jamás lograría alquilar un piso o vivir demasiado mejor. El cuarto que ocupaba tampoco era mucho mejor que el edificio en su conjunto, salvo por una única ventaja, un cuartucho que servía de baño privado, con un váter y una ducha

que cada vez que Mabel la usaba inundaba hasta la habitación.

El mobiliario modesto, casi precario, servía para sus fines. Las dos camas... sí, se preguntó Mabel, por qué seguía con dos camas todavía. Desde que Mariel se había marchado ella no había vuelto a compartir el cuarto con nadie. Mariel... qué sería de ella ahora. Mabel hizo un esfuerzo por recordar dónde había guardado hacía años su número de teléfono. Dos años. Dos años que ya no estaba allí, que se había despedido, que Mabel había decidido que de todos modos jamás la llamaría por teléfono para no dificultarle la vida. Sin embargo, le había hecho falta durante todo ese tiempo. Se fue acostumbrando a su ausencia pero Mariel había sido su amiga, su confidente, su cómplice. ¡Y cuanto más había echado de menos a Nicolás! ¿Cúantos años tendría el ahora? Tres, cuatro... pensó amargamente que su compañera también lo echaría de menos.

Se arrojó pesadamente a la cama, el elástico se quejó crujiendo a pesar de ser su cuerpo sumamente delgado y liviano. Sí, Nicolás cumpliría cuatro años y el número de teléfono de Mariel se encontraba como escondido, pacientemente esperando en uno de los cajones de la cómoda.

La segunda noche Mariel y Ángel salieron a cenar y a beber unas copas. Él parecía encontrarse molesto, seguramente debido a la apatía de su compañera. Cuando la llevó a la casa no se dirigieron la palabra durante todo el trayecto.

 Si tanto te compromete exhibirte conmigo entonces mejor que no me vuelvas a buscar – dijo Mariel tranquilamente. Pensando que era aquél el motivo de su frialdad e indiferencia.

 No me compromete, - respondió él sin mirarla – pero... has cambiado. No eres la persona que conocí. Siento que pierdo el tiempo. Eres otra persona. – concluyó entonces mirándola fijamente apoyando así lo que acababa de expresar.

 Claro que soy otra persona. – respondió ella como lo más natural del mundo. – Tengo cuatro años más que entonces, tengo un marido y los gustos que se me antojan, más o menos he cambiado en las mismas cosas que tú.

 Eres muy atractiva – se disculpó él – y demasiado mundana.

No eres la muchacha que conocí, la que amé.

 Lo sé – dijo Mariel esbozando una sonrisa apática e inescrutable, mientras abría lentamente la puerta del coche para bajarse. – Sé que me he convertido en una persona muy poco querible, no consigo que la gente me aprecie o acepte demasiado. Y si no consigo que tú, que eres el

hombre más importante en mi vida descubra lo mejor que
hay en mí, entonces esta relación no tiene sentido. Mariel descendió del coche, buscó la llave en su bolso, con increíble certeza no erró a la cerradura, abrió la puerta, entró a la casa, cerró la puerta, sin mirar atrás en ningún momento. Mariel se arrojó en el sillón, cerró los ojos, se dejó estar. Buscó a tientas un cigarrillo y lo encendió pausadamente, disfrutándolo, como tan pocas veces lo hacía.

A las ocho de la mañana la despertó el teléfono, aún se encontraba en el sillón donde se había quedado dormida, se estiró y alcanzó el auricular.

 ¿Mariel? – dijo una voz desconocida de mujer al otro lado de la línea.

 ¿Quién habla? – preguntó ella desconcertada.

 Mabel – respondió la voz.

Un inmenso vacío llenó los segundos, la línea, la boca del estómago de Mariel.

 Mariel ¿recuerdas quién soy? – insistía la mujer.

 Claro – pudo responder Mariel. – Mabel… todo este tiempo… nunca me has buscado.

 Tampoco tú. Tú te has ido, yo siempre he estado en el mismo sitio.

17

Mabel ya había llegado a la casa de los Vissner, Clara les había servido café y ella se encontraba más incómoda que nunca. Le había resultado fácil reconocer a su amiga, estaba guapa como siempre, pero en su rostro había como huellas, marcas o rasgos más definidos y pronunciados. La boca más grande y carnosa, la nariz más delgada, el cabello no tan claro, aquella extraña expresión en los ojos y además su palidez, aquellas ojeras que se insinuaban debajo del finísimo maquillaje.

Mariel la había recibido con su elegancia de siempre, con un vestido verde muy oscuro, muy simple y muy caro, los accesorios de oro, el maquillaje perfecto. Las manos muy delgadas que siempre llevaban entre sus dedos un cigarrillo de marca importada, las uñas se encontraban perfectamente esmaltadas. Cuando la abrazó y besó al recibirla Mabel se encontró invadida por un aroma embriagador, dulce, que emanaba del cabello, la ropa y la piel de Mariel. A su vez la invadió una ola de frialdad e indiferencia. Encontrarse sentada frente a Mariel, quien como siempre a las once de la mañana bebía whisky, era como estar conversando con alguien dentro de un

ataúd. Mariel era una persona muerta. Ella, que la conocía de años atrás podía asegurar que Mariel había muerto.

Luego de conversar sobre cuestiones triviales, invadida por el nerviosismo, Mariel se puso de pie y comenzó a caminar por la sala, encendió otro cigarrillo y se dispuso a observar a su amiga abiertamente, tan alta como siempre, tan delgada, con el cabello tan mal teñido de rojo, y aquellos ojos azules que siempre le habían parecido preciosos; pensaba Mariel que alguien con unos ojos como aquellos podría conseguirlo todo. Lástima que su teoría fuera errónea.

 ¿Qué piensas? – preguntó Mabel atreviéndose a entrar en sus pensamientos luego de tanto tiempo.

 In – sa – tis – fac – ción – respondió lentamente marcando cada sílaba. Luego rió, como siempre, su risa como hielo, como si se abriera una tumba, como si se le enroscara a uno una serpiente en la garganta. Mabel no supo qué pensar de aquella risa. – Contesta, sí o no, ¿cambiarías tu lugar en la vida por el mío?

 No lo sé… – respondió la otra.

 Lo tengo todo. – afirmó Mariel dándole una larga y profunda calada a su cigarrillo – Todo. – respondió sin alzar mínimamente el tono de su voz. – Es como para que cualquiera venga y me golpee diciéndome que no tengo de qué quejarme, sin embargo me siento insatisfecha. ¿De qué?

 ¿De qué? ¿cuántas cosas necesita una mujer además de las materiales? Ya sé que no puedes entenderlo, porque no tienes esas cosas materiales. No tengo respuesta. – continuó sentándose al lado de Mabel. – No recibo respuesta de las personas que me rodean, es como gritar en el desierto donde nadie te escucha, pero aquí es peor porque no quieren escucharte, porque no les importa. No soy importante pero sí soy una mujer importante. Pero para mi gente… no valgo nada. Y no tiene nada que ver con ser una mujer objeto y todo ese rollo, para nada, es mucho más, es no existir.

 Durante todo este tiempo creí que salvo por Nicolás habías tenido suerte y eras más o menos feliz.

 No – aclaró Mariel secamente – Como si en ella no quedara ni un resabio de emoción, como si ese “no” se refiriese a otra cosa y no a algo tan importante como ser feliz – No soy feliz.

Clara interrumpió la conversación anunciando que había llegado el peinador de la señora. Mariel despidió cortés e indiferente a su amiga. Se detuvieron antes de llegar a la puerta, le cogió las manos mostrando un poco más su condición humana. Mabel se alejó rápidamente. La nueva persona que había encontrado en lugar de su

compañera de cuarto la había paralizado. Se apartó apenas sintió su contacto. Mariel se retiró entonces volviéndole la espalda, suponiendo que ya todo el mundo se había vuelto como ella.

 María Elsa – llamó Mabel avanzando hacia ella entonces. Mariel se volvió notando que la otra sonreía tristemente y le acarició la mejilla. – Sigues siendo hermosa, no me equivoqué aquella primera tarde en el bar. Disculpa si no has tenido suerte...

Mabel retrocedió unos pasos para marcharse, pero Mariel le cogió la mano acercándola para abrazarla después, en aquel momento recordó todo lo que había vivido hacía ya tanto tiempo. Todo lo que habían sufrido compartiendo un miserable cuarto. Cuánto habían cambiado, mejor dicho, cuánto había cambiado ella. Su perfume contrastaba con el de su amiga, seguramente producto de algún regalo poco inteligente.

 Hasta luego, Mimí. –le dijo a Mabel guiñándole un ojo. Adiós, María Elsa.

 Mariel. –corrigió esta –Ttú misma me has bautizado así. Para mí eres siempre María, aunque yo te haya inventado el

otro nombre. Créeme que a veces me arrepiento de haber inventado a Mariel.

18

Una de las cosas que más le cuesta a las mujeres como Mariel es resignarse al hecho de que no son imprescindibles, que no significan en absoluto lo más importante para el otro. Mariel no se sentía capaz de catalogar a todos los hombres de la misma manera, pero sí les había encontrado un común denominador: el egoísmo, la comodidad y la desconsideración. Se había encontrado con hombres que carecían de estas malas cualidades, pero desafortunadamente éstos no le pertenecían ni tendrían que ver nada jamás con ella. Los que se relacionaban con Mariel eran generalmente seres egocéntricos y desconsiderados. La amaban, se sentían atraídos, excitados, pero nada más. Jamás comprender, razonar, entender al otro, considerar, o postergar para hacer feliz. Mariel se sentía cansada, como si ya hubiese luchado demasiado tiempo contra una tempestad que finalmente había abatido sus fuerzas y la forzaba a soltar los remos, a hundirse de tanto cansancio, de tanto tedio. Muchas veces se trataba de cosas pequeñas, el sentirse relegada,

postergada por un programa de televisión, por una reunión de amigos, por un juego de billar, o por el cansancio del otro, sino por otra mujer. Su esposo por ejemplo, coleccionaba revistas pornográficas, se enloquecía frente a las mujeres semidesnudas de los anuncios de televisión... Mariel pensaba que su marido debía experimentar más placer en la masturbación que acostándose con ella.

19

Por la noche, luego de la visita de Mabel, Mariel se encontraba aturdida y decidió ver televisión para distraerse un poco, aunque aquel aparato siempre le había disgustado. Esperaba a que llegara Alejandro, que regresara después del par de días fuera de casa. Al menos entonces no se sentiría tan sola. No se encontraba cómoda en ninguna parte así que se instaló en la habitación de su hijastro, único sitio de la casa que le parecía ajeno a toda angustia e incertidumbre. Se acostó en su cama, se abrigó y se adormeció a la luz amarillenta de la pantalla.

 ¿Qué significa esta violación de territorio? – preguntó

Alejandro entrando al cuarto.
 ¿Cómo estás? – preguntó Mariel despabilándose. Bien, muy bien ¿qué haces aquí?
 ¿Te molesta? Lo siento...
 En absoluto, pero no esperaba que me hubieran dejado un

regalo tan hermoso, mira que yo hago mío todo lo que encuentro.- dijo el joven sonriendo y bromeando.

 ¡Oh, cuanto temor…! – respondió ella riendo – Aunque no lo creas éste es el único sitio de la casa en el cual me siento bien.
 ¿Y mi padre?
 Regresa mañana – respondió ella con desgano.
 ¿Y tú? – preguntó él sentándose al borde de la cama, junto a
ella.
 Aquí estoy, ¿no ves?
 Pero cómo estás. Ya sé, no respondas, no estás muy bien
que digamos. A ver – dijo acercándose y buscando a su alrededor, casi pegó su nariz a la de ella y luego dictaminó – Que bien, hermoso perfume francés, me encanta.
 ¿Qué esperabas encontrar? –preguntó Mariel haciéndose la

desentendida.
 Whisky – respondió él – tampoco veo colillas, ¿qué pasa contigo? ¿te estás poniendo mala?
 ¿No puedo estar bien un día? No bebí ni fumé.
 Ni has tomado pastillas… – sugirió él.
 Como tú dices.
 Te mereces una enorme taza de café.- le ofreció Alejandro pero ella puso cara de disgusto – Ya recuerdo, el café te quita el sueño, bueno, chocolate entonces.
Le besó rápidamente la punta de la nariz mientras le hacía cosquillas en el estómago y bajó corriendo las escaleras. Mariel pudo oír sus pasos firmes hasta que llegó a la cocina, sonrió al pensar en él, en su juventud y su buen ánimo, él le brindaba momentos de paz, optimismo, de esbozos de alegría, solamente momentos, el resto del tiempo Alejandro prefería estar con su gente, sus libros o consigo mismo. No se le podía reprochar, Mariel no tenía ningún derecho, no podía aferrarse a él y absorberlo cuando él simplemente cumplía una función de amigo, de cómplice, nada más. Lo que ella lamentaba era que en el transcurso de su vida, la mayoría de los hombres le habían brindado sólo eso, momentos.

Mariel se regocijaba pensando en la taza de chocolate que Alejandro le había prometido, el paquete de cigarrillos descansaba sobre la mesa de noche, pensó en encender uno pero de inmediato se odió a sí misma por su debilidad.

20

 Visitas – dijo Alejandro cuando regresó, sus ojos traían una mirada extraña y hosca.
Mariel alzó el rostro y lo miró interrogativamente, con cierto aire de desconfianza.

 Un amigo tuyo, - continuó él – dice que se llama Ángel. “Dice que se llama”, una frase poco cortés, ella se estremeció al oír el nombre, encendió un cigarrillo y se sentó en la cama. Alejandro se acomodó a su lado.

 Si quieres, - ofreció – le digo que estás durmiendo, que regrese otro día. – más que un ofrecimiento sonó como un pedido.

 No – respondió Mariel categóricamente sin mirarlo. ¿Lo ves? – la increpó agriamente - ¿Ves como te has puesto? Estabas bien y de pronto otra vez como antes ¿Por qué, Mariel? No lo recibas.
 ¿Por qué no? – preguntó ella como si no entendiera.

 Porque no te conviene – respondió fastidiado.- Mira… dos segundos han sido suficientes para darme cuenta de que ese tío no es una buena persona.
 ¿Cómo puedes saberlo?
 Dile que se marche – le pidió. – Si te apetece puedo presentarte a una docena de tíos mejores que él.
 No me hables así, no tienes ningún derecho a prejuzgar y agredirme.
Alejandro se puso de pie, sí, quién era él para decirle lo que debía hacer, pensó. Aunque en el fondo deseaba poder convencerla de cualquier modo. Se encaminó hacia la puerta desistiendo de todo intento de disuadirla. Mariel también se puso de pie, se acercó a él y cariñosamente le cogió el rostro con sus dos manos.
 No lo puedes entender – intentó defenderse ella – Yo lo quiero, siempre lo quise. A partir de él todo cambió. Él puede ayudarme, es como una especie de tabla de salvación. Lo necesito. Siento que es una de mis últimas oportunidades de encontrarle un sentido a todo esto. Después de las cosas que he hecho en mi vida, después de haber vendido todo por una vida como ésta él es el único ser en el mundo capaz de hacerme vibrar como una cuerda cuando me mira o me acaricia, es el único capaz de hacerme sentir que realmente me encuentro viva.
Alejandro la miró fijamente a los ojos, con su mirada limpia, abierta, sincera. La besó suavemente en los labios, tan suavemente como para que ella ni siquiera pudiera sentirlo. Mariel se acomodó el cabello con las dos manos y su mente se bloqueó observando un solo objetivo: Ángel.
 Si yo fuera mi padre, no me hubiera ido de viaje ni ahora ni nunca. Hubiera… –Alejandro se detuvo, descubrió que ella ya no lo escuchaba, había regresado a su expresión ausente, como si hubiera entrado nuevamente al túnel del pasado, aquella expresión que todos tan bien conocían desde hacía ya algún tiempo. Sus ojos no lo veían, sus oídos se encontraban escuchando absurdos sonidos del pasado. Nada existía. Alejandro la dejó marcharse sin continuar con lo que deseaba expresarle, para ella ni él ni nadie existían en aquel momento y él lo sabía.

Mariel se alejó rápidamente de Alejandro, bajó a la biblioteca como una sonámbula, se preguntaba en silencio por qué no había descubierto antes que a partir de un adiós, a partir de Ángel, todo lo demás no tendría ningún sentido. Comenzó a sentirse como hacía cuatro años atrás, ansiosa y angustiada ante el temor de perderlo, de encontrarse sola, aún más sola.

- ¿Qué haces aquí? – preguntó Mariel temblando. Ángel le acarició el cabello, le acarició el cuello y la abrazó con ternura. La besó paciente y meticulosamente, estrechándola luego con fuerza, haciéndola reír. Mariel rió, cuánto hacía. Aquellos brazos, esas manos, esa boca, le brindaban calor y frescura al mismo tiempo. Sentía que le era devuelta una parte perdida de su ser, su condición de ser humano. Descubría que aún podía desear, entregar, amar y sobre todo reír.

La biblioteca se encontraba casi totalmente a oscuras, se quedaron de pie en medio de la habitación estrechándose.

 Ángel - dijo ella a media voz – necesito que sepas que... jamás he dejado de quererte, en estos años no te he olvidado. Necesito saber qué piensas, qué sientes...

Ángel no le respondió. Como si ni siquiera hubiese escuchado.

 Ángel – insistió ella - ¿qué sientes por mí? ¿qué significo para ti?
 Luego hablamos, – concluyó él - luego.

21

 Has cambiado. – dijo Ángel de pronto.

Mariel alzó la cabeza para mirarlo, sin comprender exactamente.
 ¿He cambiado? – preguntó.
 Sí, bastante, de todos modos me gustas mucho. Dijiste que hablaríamos después. – aprovechó ella - ¿qué
sientes por mí? ¿aún me amas?
Ángel no respondió y ella se incorporó en el sofá, fumando nerviosamente su cigarrillo, presintiendo una respuesta poco favorable.
 ¿Por qué no respondes? Es muy sencillo decir sí o no. No lo sé. – respondió él mirándola fijamente, como desafiándola. Ella se puso de pie. Sobre el escritorio aún aguardaba medio llena una botella de vino. Mariel recordó que en un cajón de aquel mismo mueble guardaba unas pastillas... El vino no le sentó bien y el par de pastillas se deslizaron por su garganta con la misma rapidez que la idea del fracaso. Una vez más el fracaso. Una reacción casi

olvidada y sepultada debajo de su piel reapareció en ella, como hacía mucho tiempo no sentía. La furia comenzó a invadirla lenta y progresivamente, era consciente de que no sería capaz de expresarla pero la sentía. ¿Nadie se encontraba en condiciones de comprender algo tan sencillo? ¿Nadie comprendía que no podía continuar?

 Tengo mucha pereza... –murmuró Ángel deslizándose nuevamente en el sofá. Mariel se acercó a él en silencio, mareada, indispuesta. Lo observó, su mente se encontraba colmada de interrogantes. Se sentó a su lado. Mariel acumulaba poco a poco en su piel la sensación del rechazo y de la indiferencia. Ángel volvía a hacerla a un lado delicadamente, la apartaba con la punta de su zapato fuera de su camino, con la mayor sutileza, pero mostrándole abiertamente su tedio y su desinterés.

 ¿Cómo no sabes? – le preguntó con un nudo en la garganta.

 No sé, María, no sé, nos llevamos bien, una vez nos amamos... No quiero hablar de eso. Tal vez si te esforzaras más...

 ¿Qué soy para ti?

 ¿Tú me lo preguntas? – respondió irónicamente.

 Yo te lo pregunto – no fue un grito, casi ni siquiera alzó la voz, pero por primera vez su voz tenía una inflexión que mostraba abiertamente todo su desprecio por la situación y su cansancio.

 No me grites –dijo él sentándose y poniéndose luego de pie.

 No me cambies el tema, respóndeme.

 Bueno, - la encaró – no te amo. Soy sincero contigo, eres una de las mejores cosas que me han sucedido en la vida, pero no te amo. Como te he dicho... puede ser que algún día te llegue a amar pero no ahora.

22

Mariel no podía darse el lujo de pensar que había fracasado, aunque esta vez el fracaso la hacía sentir como el estar entre nubes, como flotar, como el no tener fuerzas, como no existir. Subió con desgano las escaleras hasta su cuarto, la cabeza le dolía como si fuera a estallarle, se encontraba tan mareada que casi no veía los escalones. Apoyó el peso de su cuerpo sobre la puerta y esta cedió inmediatamente, le gustó la oscuridad y el fresco y dulzón aroma que emanaba de aquel lugar. Se quitó la ropa de un tirón y se metió debajo de las sábanas, se acurrucó en ellas como si deseara de aquel modo ocultarse y que nadie pudiese verla. Cerró fuertemente los ojos. La oscuridad comenzó a girar a su alrededor.

23

Mariel aguardaba a su esposo en el coche, se encontraba casi segura de que a esa hora llegaría el vuelo. De pronto lo vio venir, desde lejos, su traje gris impecable, el cabello cano, el rostro bronceado, su cuerpo esbelto, su expresión de triunfador. Tocó el claxon, él se volvió y reconoció primero al coche y luego a su mujer. Mariel lo vio acercarse y un frío le corrió por la nuca. Se sentía tonta con la noticia que debía darle.

 Te he echado de menos – dijo ella después de besarlo con efusividad.

 Y yo – respondió Mario besándola ligeramente en el cuello.

– me ha dejado mal la despedida, durante el viaje me ha remordido todo el tiempo la conciencia. No me hubiera costado nada perder cinco minutos como tú decías.

 ¿Perder?

 Bueno, ganar cinco minutos.

Mariel conducía lentamente, el perfume de él la envolvía y la hacía sentirse mejor. Como Mario había dicho ella deseaba ser feliz al menos por instantes. Y esos fugaces momentos para ella eran buenos, deseando prolongarlos intentaba abstraerse del mundo, pero no podía evitar pensar qué reacción tendría su marido cuando recibiese la noticia.

 Enciéndeme un cigarrillo - pidió ella. Mario obedeció y ella se decidió. – Estoy embarazada. – dijo y la última letra se le cortó en la garganta.

 Los músculos de Mario se contrajeron pero su mente trabajó rápidamente y decidió que no debía mostrar una reacción negativa.

 ¿Estás segura? – preguntó fríamente mientras tomaba distancia.

 Bueno... no estaba segura hasta esta mañana en que fui a recoger los resultados. Me he hecho una analítica porque no me parecía posible.

 Bueno – dijo él acariciándole la mejilla.

24

Alejandro no le dio mucha importancia a la llegada de su padre. Se encontraba en la cocina preparándose un bocadillo, le ofreció a Mariel pero a Mario ni siquiera lo saludó.

 ¿Cómo se ha comportado? – le preguntó Mario a su esposa.

 Como siempre, ya es una persona mayor, siempre se comporta bien.
 Las personas mayores también se comportan mal, ¿no Mariel? – respondió él sonriendo al salir de la cocina.
Alejandro y Mariel se quedaron solos, él la miró fijamente, escrutándola.
 ¿Qué pasa? – preguntó ella evidentemente molesta.
 No lo sé, cada vez que lo veo me da más fastidio. Es como si cada vez que hablara de mí lo hiciera intentando ofenderme. En cada palabra va implícita una agresión, una ofensa o un desafío.
 Son ideas tuyas, él no puede tener nada en tu contra, es tu padre. Además hoy no pudo querer ofenderte, está de muy buen humor.
 Por algo será – razonó Alejandro.
 No seas así, siempre piensas mal de todo el mundo, como de...
 Ni lo menciones. De ese tío pienso mal porque lo percibo, nada más. Con mi padre es diferente, lo percibo y lo veo, y te juro que me fastidia como te trata – dijo conteniendo su enfado.
 Sé que no me quiere – reconoció Mariel mordisqueando las esperanzas de encontrarse equivocada – pero... no me trata mal después de todo.
 ¿Pero quién eres tú? – gritó Alejandro acercándose a ella enfurecido – Eres su mujer, que no te trata mal después de todo... ¿cómo tendría que tratarte? ¿hoy te ha tratado bien? ... sí, lo he notado porque has entrado con un brillo especial en los ojos, con ese brillo ingenuo que tienes a veces y que me revuelve el estómago porque sé que estás a punto de ser otra vez engañada.
 No entiendo – respondió ella conteniendo la impotencia.
 Perdóname, pero tengo que ser sincero contigo. Él desea algo, te complace en todo primero y luego tú no tienes fuerzas para decir que no. Te da lo que necesitas en ese momento, un vestido, una joya, una salida, un buen rato en la cama, o simplemente una mirada de cariño, mi padre tiene la astucia más repugnante que he visto en mi vida. Te va secando de a poco, te complace con cosas que apenas sirven para mantenerte viva sin que se rompa el cascarón y se vea que a ti dentro ya no te queda nada, porque te han secado y te has quedado vacía.

Mariel lo miró en silencio, Alejandro tenía la cualidad de golpearla con todas las verdades que le echaba a la cara. No se equivocaba en nada. Mario le brindaba tonterías que ella necesitaba, ella se conmovía y cedía. Alejandro le acarició lentamente los brazos.

 Eres muy ingenua, Mariel, muy inocente. Lamento todo lo que

he dicho, sé que a veces soy un poco bruto, pero me pareció necesario, me indigna ver como te trata y aún más que te pongas tonta cuando conoces a la gente mucho más que yo. ¿Es que has quedado como una sonámbula luego de todo lo que has vivido? ¿Te has olvidado por completo lo que son los tíos como mi padre, tu marido?

 No – respondió ella lentamente, como entre nubes – no me he olvidado, pero tú lo has dicho, es mi marido, y a veces me ayuda, no puedo vivir pensando que a cada momento me va a engañar con algo.

Mariel salió indignada de la cocina, no con Alejandro sino consigo misma. Hasta hacía cinco minutos se sentía bien, de pronto estaba nuevamente en el pozo y sin fuerzas.

25

Hacía mucho tiempo que los Vissner no cenaban juntos, los tres. El silencio reinaba entre ellos y la incomodidad también.

 Casi no has probado bocado – dijo Mario a su esposa mientras le servía vino.

 Es que no tengo nada de apetito, estoy ansiosa o emocionada y no puedo comer.

 ¿Emocionada? – preguntó sorprendido Alejandro, incorporándose en su silla, aquel sentimiento no resultaba típico en Mariel.

 Sí, Mario ya lo sabe, creí que él debía saberlo primero ya que va a ser padre.

Alejandro la miró confundido, con sus enormes ojos café, sin pronunciar ni una palabra. Mario se puso tenso y pálido, odiaba que su esposa hubiera cometido una imprudencia como aquella de divulgar el tema del embarazo, y más aún el que se encontrara tan entusiasmada.

 ¿Por qué te sorprende? – le preguntó Mariel a su hijastro. ¿Acaso no soy una mujer? Es lógico que tenga hijos.

Alejandro se puso de pie mirando a su padre despectivamente. Lo lamento por ti, Mariel. Es una hermosa noticia pero lo lamento por lo que hemos hablado hoy. El niño no tendrá un padre mejor que el que yo he tenido, ni tú tendrás un mejor marido del que has tenido hasta ahora, sino que desgraciadamente será peor. –concluyó poniéndose la chaqueta y saliendo de la casa.

 Pero Alejandro… – dijo ella poniéndose de pie.
 ¡Déjalo! – le gritó su esposo cogiendola de un brazo para que se quedara exactamente donde estaba. - ¿Para qué quieres que se quede? Siempre hace lo mismo, parece que se asfixiara cada vez que habla de mí. Aunque a veces debo reconocer que lleva mucha razón.
 No entiendo. – respondió ella confundida, sintiéndo que su mundo nuevamente comenzaba a derrumbarse.
 Mariel, no deseo perderte y eso lo sabes muy bien, pero ese hijo…, no sé. No es lo mejor para nosotros.
 ¿Qué es lo mejor? ¿Acaso dudas de que sea tuyo? No sé qué te pasa.
 Te conozco bien, sé que hasta hace pocos días no existía una mujer más fiel que tú.
 Es cierto, sé que no es excusa, lo sé, pero me dejaste la otra noche cuando te supliqué que te quedaras conmigo, que me ayudaras, te has ido sabiendo cuales serían las consecuencias.
 Es que no me interesan esas consecuencias – respondió él con una frialdad que le heló la sangre. – No me interesa lo que has hecho, además – continuó sonriendo - yo no soy un modelo de fidelidad, no puedo exigirte, jamás pactamos eso cuando nos casamos.
 ¿Pactar? – preguntó Mariel yendo hacia el bar y sirviéndose un whisky – Para ti todo es un pacto, un trato, un acuerdo. ¿Por qué no olvidamos todo lo que pactamos cuando decidimos casarnos? ¿Por qué no me liberas de ese maldito acuerdo que ya no soporto? ¿Por qué no podemos ser gente normal?
 ¿Gente norma? ¡Jamás lo hemos sido! Jamás hemos sido un matrimonio común y corriente o normal, nuestros términos son diferentes. Tú podrías ser mi hija y tener todas las cualidades para convertirte en una triunfadora o en una piltrafa humana y creo que en estos momentos te estás debatiendo entre esas dos cosas. Otro hijo no. No quiero hijos, ¿está claro?
 ¿Por qué? – exclamó Mariel enfureciéndose por primera vez en mucho tiempo. – Yo sí los quiero, los necesito.
 No estás preparada para ello.
 ¿Qué no estoy preparada? Ya he tenido uno y he sabido cuidarlo con los peores medios.
 A esto quería llegar, ya has tenido uno y lo has cuidado, lo has cuidado tan pero tan bien que lo has abandonado cuando ya no soportabas más matarle el hambre buscándote la vida, trabajando hasta las seis de la mañana.
 Era diferente. – respondió ella sintiendo que se mareaba cada vez

más. – A este hijo no le faltaría nada. Por favor, necesito esta oportunidad para demostrarme que sirvo como ser humano.
 ¿No le faltaría nada? - preguntó Mario sarcástico y se respondió a sí mismo – Le faltaría la madurez de una madre que aún no está en paz consigo misma. ¿Cómo pretendes criar un hijo si tú misma eres el caos? ¿Seguirás bebiendo, fumando y drogándote durante todo tu embarazo? Y no me digas que eres capaz de abandonar todo eso porque no te creo. Le faltaría también un padre, porque no me comprometo a ayudarte en su educación. Por Dios, por la inmadurez que tienes y nuestra diferencia de edad ese hijo tendría bien como padre a alguien como Alejandro.
 Él podría ayudarme si tú quieres negar tu responsabilidad.
 ¡Es el colmo! - gritó cogiéndola violentamente de un brazo – ¡Los dos inconscientes más grandes del mundo pretendiendo educar a una criatura! No tendrá un padre, no lo tendrá y estará peor que tu primer hijo porque tú misma te encuentras en peores condiciones. Por mi parte yo no estaré para presenciarlo, no tengo alma de padre ni de esposo. He tenido un hijo con una mujer a la cual adoraba pero lo he tenido por ella, lo único que lamento es que esa mujer muriera y yo tuviera que cargar con él. Además, no te olvides que no necesito demasiado para divorciarme de ti dejándote igual que cuando entraste por primera vez a esta casa, en la calle y sin un céntimo.
Mariel se quedó en silencio largo rato, le resultaba imposible pensar con claridad, su mente se encontraba bloqueada como tantas otras veces, se sentó en la alfombra y terminó su whisky. Alejandro había tenido razón.
 Bueno – dijo finalmente – y qué pretendes que haga…
 Eres muy joven Mariel, puedes tener un hijo dentro de unos años, un hijo al que puedas cuidar como la gente, pero sabes tan bien como yo que no puedo obligarte a nada.
 ¿A nada de qué? – preguntó Mariel haciéndosele un nudo en la garganta.
 No puedo obligarte a que no lo tengas, tu cuerpo es tuyo. Pero recuerda que si lo haces todo va a ser diferente. Te puedes olvidar ya mismo de muchas cosas, de nuestro matrimonio, por ejemplo.
 Mario…, es muy importante, es demasiado importante para mí poder tenerlo. Es, supongo, un factor decisivo. – dijo Mariel sirviéndose más whisky, sus ojos se encontraban sumamente enrojecidos – Siento que me estoy cayendo, que no tengo de dónde sostenerme y… ya sé, no tendría de qué quejarme pero … me siento muy mal, muy culpable, muy débil, sé que me estoy destruyendo,

soy consciente de todo eso, del placer interno que me produce esa autodestrucción.

Mariel lo miró fijamente, sus ojos inyectados de sangre por el alcohol y las lágrimas que pugnaban por salir pero resultándole imposible, el rostro congestionado de furia, lo miró suplicante, sin esperar a que accediera sino simplemente que entendiera.

 Ayúdame – dijo ella cubriéndose el rostro con una mano.
Hagamos una cosa, – dijo Mario fríamente, intentando sin mucho resultado darle un poco de vida a su voz – tienes un mes para pensarlo. En ese mes haz lo que se te ocurra, lo que te plazca, cualquier cosa, menos intentar convencerme de que acepte tu idea. Si deseas irte por un tiempo hazlo.

26

También Mario salió de la casa aquella noche, se puso su abrigo y salió sin decir ni una palabra. Mariel se quedó sentada en el suelo, con la mirada fija en el vaso sobredimensionado y empañado por el frío. Cerró los ojos y todo comenzó a girar a su alrededor. Otra vez el carrusel, pero esta vez sentía irrefrenables deseos de gritar, de pedir auxilio, de no haber vivido aquella noche porque sentía que el estómago se le perforaba cada vez que respiraba. Estiró un brazo para coger el teléfono que se encontraba sobre un mueble y lo llevó a la alfombra. Aquella sensación asqueante e insoportable de desprotección se acrecentaba a medida que crecía su desesperación. Todo se acumulaba en su cerebro, el malestar físico, el pasado, el presente, el vacío, ese horrendo, profundo y pestilente vacío por el cual se precipitaba diariamente con su manera de comportarse y con lo poco que recibía. Se sentía abandonada a sus propias fuerzas, pequeña, miserable e insignificante. Todo la aterraba, el hacer y el no hacer. Una voz interior le gritaba que debía dar a luz a ese hijo, hacerle frente a su esposo o a quien fuera, no ya por determinadas normas morales sino porque su mente no soportaría otro golpe bajo, como por ejemplo un aborto.

Las nueve de la noche, supuso que Ángel ya no se encontraría en su oficina, sin embargo sus delgados dedos de uñas perfectamente esmaltadas de rojo sangre marcaron el número lenta y nerviosamente.

27

A Alejandro la noche se le pegaba en la piel como si hubiese algo en la misma atmósfera que le molestara, como si no encontrase un lugar adonde ir. Había dejado la moto por ahí para poder caminar y destrozar metro a metro la impotencia que se le agolpaba en la garganta. ¿Por qué se ponía tan nervioso? ¿Qué le sucedía últimamente? Él tenía su propia vida, sus estudios, su novia, sus amigos, su gente. ¿Por qué se arrastraba sobre él la sombra de aquella mujer? Tal vez porque la miseria humana frecuentemente nos contagia el espíritu, nos hace sentir inútiles, totalmente inservibles, porque tenemos miedo de que ésta nos alcance al darnos cuenta de lo poca cosa que somos. No, no se trataba de eso, tal vez se ponía celoso porque esa mujer esperaba un hijo, un hijo de su padre. ¡Qué cosas tan estúpidas pensaba! Recapacitó. Pero entonces por qué. Por qué no podía ayudar, por qué no tenía fuerzas, por qué le daba miedo la decadencia. Porque él también era bajo, tonto y egoísta como ella y como su padre. Porque no era mejor que los demás.

 Hola.

Alejandro reaccionó cuando aquella figura delgada de cabello enmarañado le abrió la puerta. Perdido en sus pensamientos había llegado hasta la casa de Dolores, tocado el timbre, esperado... ¿para qué?

28

Clic – Hola –dijo una voz en el teléfono y Mariel cortó la comunicación con su mano blanquísima como si fuese un bicho detestable. Encendió rápidamente un cigarrillo y volvió a marcar.

 Hola –dijo casi en un susurro.- soy yo.

 ¿Mariel? – preguntó incrédula la voz. - ¡Qué sorpresa! Necesito verte.

 Vale ¿cuándo?

 Ahora.

29

El vaso, larguísimo, ya se encontraba a menos de la mitad. Mariel apoyaba el mentón en las manos y los codos en la mesa. Ángel, la observaba frente a ella. El bar no existía, la gente a su alrededor tampoco, nada existía. Ángel se acercó apenas rozándole

los labios, Mariel se echó aprensivamente hacia atrás y encendió un cigarrillo.

 No sé –dijo.

 ¿Qué no sabes?

 Nada – rió levemente con esa risa helada que surgía en ella

cuando estaba muy mal. - Perdí toda noción de lo bueno o lo malo, lo correcto o lo incorrecto, lo piadoso o lo cruel. Es como que necesito que alguien venga y me diga: María, esto es así, así y así, esto es lo que tienes que hacer, lo demás es malo, esto es caca, como a una criatura ¿me entiendes?

 Sí – dijo él a pesar de sí mismo.

 Es una locura tremenda la mía ¿no? –dijo riendo más fuertemente para luego ponerse totalmente seria y expresar de manera cortante y de forma inanimada – Me rehúso a convertirme en un una cosa, quiero ser un ser humano pero no puedo…

Se quedó más de cinco minutos en silencio sin haber concluido totalmente la frase, sin moverse, como si su cuerpo estuviera allí pero su mente o su espíritu hubieran salido a pasear por cualquier otra galaxia. Durante todos esos minutos Ángel llegó a la conclusión de que realmente ella no estaba jugando, realmente se encontraba mal.

 Vámonos –dijo él finalmente.

 ¿Qué?

 Vámonos, podemos pasar una temporada juntos, tu marido

no merece que llores sobre las cenizas de un matrimonio destruido hace ya demasiado tiempo. Te ha dicho que lo pensaras, que te fueras si querías. ¿Qué es lo que te está ofreciendo? Mariel, no le importas, entiéndelo. Vámonos juntos por un tiempo a cualquier parte, tal vez nos sirva para aclararnos un par de cosas.

30

El lugar elegido fue Andorra. Ella tenía un chalet allí, en verdad Mario lo tenía y Ángel se las arreglaría en la cabaña de un amigo. Mariel saldría en coche esa misma noche mientras que él la alcanzaría luego. Mariel regresó a su casa a las cuatro de la mañana, al subir a su cuarto para hacer las maletas descubrió que su esposo aún no había regresado. Un nuevo latigazo de indignación y frustración le fustigó las sienes, se sintió partida, diseminada en pedazos, algunos de ellos se encontraban tan lejos que jamás podría recuperarlos. Se llevó una mano a la cara y percibió su perfume, el perfume de Ángel, esto la descompuso, era casi como tener su

presencia, casi como tenerlo a él, como estar con los ojos cerrados y saber que él se encontraba muy muy cerca. Comenzó a pensar que odiaba en realidad aquel perfume, odiaba recordarlo como lo recordaba, el depositar sus estúpidas esperanzas en él.

A pesar de sus pensamientos le escribió una carta a su esposo y otra a Alejandro. La última carta la rompió y la volvió a escribir sabiendo que jamás encontraría las palabras adecuadas para explicarle lo que sentía.

31

Otra vez aquella sensación de vacío, de aburrimiento. Alejandro salió de la casa de su amiga y respiró profundamente reprochándose no haber hecho algo un poco más constructivo. Por un momento pensó que la vida no podía deslizarse de aquel modo, que él debía hacer algo importante, algo que hiciera de él alguien mejor. Montó en su moto y se alejó velozmente por la autovía hasta hacerse muy pequeño.

Mabel se había preguntado durante toda la noche si debía ir o no, finalmente luego de revolverse en su cama hasta el amanecer decidió que debía ir o mejor dicho podía ir. Necesitaba hablar con alguien, alguien que la apreciara de verdad, con Mariel por ejemplo, a pesar de que había cambiado demasiado, sabía que podía confiar en ella.

La enorme mansión volvió a impresionarla y casi volvió a perderse por aquellas calles parquizadas. Ella jamás las frecuentaba. Volvió a reconocer los coches en el garaje el cual ese día también se encontraba abierto como si alguien estuviera a punto de salir. Tomó aliento y subió los blancos escalones de mármol que la llevarían a la puerta principal.

 La señora no se encuentra en casa. – le comunicó una criada que no era la misma que la atendiera la primera vez.

 ¿Cuándo regresa? – preguntó Mabel sintiendo toda la inutilidad de la pregunta.

 No lo sé. – respondió secamente la criada.

Mabel descendió torpemente los escalones después de dar las gracias y comprobar como le cerraban la puerta en la cara, a su derecha, en el garaje, un muchacho se ocupaba de sacar un coche, lujoso como no había visto en mucho tiempo y que según ella costaría casi como la casa. El muchacho descendió del coche y abrió el gran portón de rejas, cuando terminó de hacer esto se volvió y la observó con curiosidad.

 Hola –dijo Alejandro.
 Buen día.
 ¿A quién busca? – preguntó él acercándose.
 A… a Mariel. – titubeó ella cortándose sin saber si agregarle o no el título de señora.
Algo pareció ensombrecer la mirada de él y a la vez la sorpresa se dibujó en su rostro, alguien preguntando por Mariel, pero si Mariel no tenía familia, ni amigos, ni conocidos siquiera. Mariel se encontraba sola. Se había desprendido de todos como una fruta podrida de un árbol, se había dejado caer en esa familia, su familia, su padre la había llevado hasta allí y sus relaciones las alimentaba Mario Vissner y nadie más, y ahora esta mujer preguntaba por Mariel.
 ¿Quién es usted?
 Una amiga, Mabel. Somos amigas desde hace mucho tiempo.
Alejandro esbozó una mueca, de pronto sintió como una corazonada, aquella mujer se encontraba muy relacionada con la esposa de su padre y la conocía mejor que todos ellos.
 No está – respondió él – Se ha ido de viaje, a la montaña – continuó como en confidencia acercándose a ella – no sé cuando regresará…
 Quieres decir ¿si regresa?
 Puede ser – respondió él sacudiendo la cabeza y sonriendo tristemente con resignación.
 Tú eres Alejandro.
 ¿Cómo sabes? – preguntó él cada vez más sorprendido – jamás te he visto en mi vida.
 Ya te he dicho que soy amiga de Mariel, me ha hablado de ti. Se quedaron un momento en silencio, uno midiendo al otro, la mañana estaba fresca y Mabel se arrebujó en su jersey de lana, Alejandro calculó la edad de ella, más de treinta pensó, no era fea, y
además tenía unos hermosísimos ojos, pero era tan… rara, tan distinta a Mariel, tan vulgar.
 Bueno, adiós – dijo ella.
 ¿Adónde vas?
 Al centro.
 Te acerco.
Cuando llegó a su chalet y pudo acomodarse un poco, Mariel pensó más decidida que nunca que tendría a ese bebé pese a todo. De pronto una voz secreta, chillona y diminuta ahuyentó su seguridad. ¿Qué sucedería con ellos si su esposo cumplía la promesa y se

desligaba de todo? No quería volver a vivir una experiencia como aquélla. No había podido soportarlo aquella vez, menos ahora en el calamitoso estado emocional en el que se encontraba. Intentó deshacerse de la horrible sensación de incertidumbre o mejor dicho de certidumbre: un embarazo no se detiene solo, evoluciona, crece y crece como una bola de nieve que se agiganta. Mariel sentía que la bola de nieve la perseguía por una pendiente, aquella horrible sensación se pegaba a su piel con la gelidez de una mano muerta, como una telaraña de escarcha que se le pegaba en el cuerpo. Intentó despegársela dándose un baño caliente pero la mano de hielo se encontraba muy dentro de ella, en ningún momento podía dejar de regresar al pasado y recordar. Descubrió que sus padres habían desaparecido, habían querido alejarse de ella, borrar la vergüenza y el escándalo, olvidarse de su hija como si hubiese muerto, o mejor aún, como si jamás hubiese existido. Había sido una muchacha ejemplar hasta que ocurrió aquello... Comprendió que se encontraba en un medio hostil donde ya no valían las disculpas ni las lágrimas. Se vio a sí misma cuatro años atrás, menos delgada, menos ajada, con el cabello más largo y más liso y otra mirada, se vio sentada en la puerta de su propia casa, de la casa de sus padres, ella la había abandonado hacía apenas un mes, ellos la habían obligado a hacerlo. Pero entonces Mariel había regresado, los amaba y necesitaba disculparse, a fin de cuentas se trataba de sus padres. La puerta se encontraba cerrada, los vecinos le comentaron que se habían trasladado a algún sitio de alguna otra provincia, la habían abandonado.

Mariel se había quedado sentada en los escalones frente a la puerta durante largas horas, jamás se había encontrado hasta entonces tan sola en toda su vida. Se sintió como una mendiga, en realidad era una mendiga con cuatro meses de embarazo. Había cometido aquel pecado social y se había negado rotundamente a abortar. Claro que para algunos, valen más las apariencias que los principios.

Cuatro años después la historia volvía a repetirse, sus padres y el hombre a quien amaba habían dado sus razones, sus válidos motivos, y le habían retirado su ayuda entonces, ahora su esposo pretendía ponerse en idéntica situación.

EL POZO

1

Ángel ya había llegado a su cabaña, había hablado con ella, había sentido la inutilidad de todo aquello. Se recostó en la cama y bebió su whisky, a él también le gustaba sumergirse en esa especie de nebulosa para no pensar, para no sentir. Aún se preguntaba por qué no le había dicho a Mariel desde un primer momento que se había separado de su esposa y que era un hombre casi libre, quizás por temor, temor a ella.

¿Por qué seguía? ¿Por qué se empecinaba en continuar aquella relación? Si él no servía para eso, no servía para ninguna mujer, si se encontraba bien así como hasta entonces, si nada le faltaba. ¿Por qué complicarse con una mujer y más aún con ella? Justamente ella que le recordaba las imágenes vívidas de su adolescencia. No podía explicarse por qué le recordaba a su madre, sentía la misma castración, la misma impotencia ante ella. Mariel lo acosaba y él jugaba y ella lo dejaba. Comenzó a razonar, sin quererlo casi. Mariel era especial, toda una mujer. Él la deseaba y ella lo amaba con la necesidad de una niña perdida con toda su pasión, su fuerza, su angustia, su deseo, su avidez, su desvergüenza, exigiéndole, acorralándole, haciéndole sentir inferior, ella buscaba toda la entrega y él era demasiado egoísta para entregarse de aquel modo a una mujer aunque aquella mujer fuese la única a quien había amado de verdad.

2

Mariel salió del cuarto de baño con los recuerdos aún en su mente, intentando desesperadamente desembarazarse de ellos, se vistió y se arregló con suma tranquilidad. Al escuchar el timbre de la puerta casi corrió para abrir, se encontraba más nerviosa de lo que había imaginado, como si un hermoso sueño pudiera convertirse en realidad, como si de pronto se reencontrara con todos sus pecados y pudiera justificarlos. Le echó a Ángel los brazos al cuello, quiso sentir que él realmente se encontraba allí, que nadie los molestaría, que no se trataba de una noche furtiva de aquellas que le dejaban habitualmente aquel amargo sentimiento de culpa y frustración. Nadie los echaba de menos. Se encontraban allí para

resolver sus vidas. Él la besó suavemente sugiriendo en sus caricias no salir a cenar y quedarse en la casa, Mariel no lo permitió, intentaba descubrir si había quedado algo más entre ellos que un simple deseo momentáneo. ¿Qué sucedía con el antes y el después? ¿Acaso tenían algo en común, algo de qué hablar? ¿Con su deseo agotaban toda afinidad?

3

Cuando regresaron a la casa Ángel se despidió sin descender siquiera del coche, Mariel insistió brevemente en que entrara y tomara algo, él alegó encontrarse muy cansado.

Al entrar Mariel volvió a tener la misma sensación de hacía cuatro años, lo amaba locamente pero él siempre hacía las cosas a su manera, daba inseguridad a la relación. Ya no se encontraba en situación de cometer las locuras de una chiquilla, ni tenía esa imperiosa necesidad de vivir que enardece la sangre. Necesitaba vivir, pero esa necesidad se acobardaba ante los más pequeños obstáculos, se detenía y se helaba en sus venas cuando no podía afrontar el pasado o resolver el presente.

Mariel se desvistió, se acostó, se observó las manos tremendamente pálidas. Cuando el sueño comenzaba a acercarse sonó el teléfono, se incorporó en la cama sin encender la luz, pensó en no atender pero la curiosidad no se lo permitió. Estiró la mano hasta la lámpara para iluminar la habitación, se pasó una mano por los ojos.

 Hola. – dijo una voz a otro lado de la línea - ¿Mariel? – supo que era Mario, buscó un cigarrillo con su mano libre y lo encendió.- Hola – insistió.

 Te escucho – respondió con la voz más monótona. Bueno, - casi gritó riéndose, Mariel se mordió los labios ya que sabía que algo se traía entre manos – te lo has tomado en serio ¿cómo estás?

 Bien – respondió.

 ¿Piensas que estando exiliada a tantos kilómetros vas a estar mejor?

 No lo sé.

 No me parece, lo mejor hubiera sido que te quedaras conmigo, no creo que estés preparada para enfrentar sola al mundo ¿Por qué Andorra? ¿Acaso pensabas que no te encontraría?

 Sí.

 Bueno, vaya con tu verborragia … en todo este tiempo me has dicho apenas cuatro o cinco palabras.

 ¿Quién te ha dicho dónde estaba? – le preguntó agriamente.
 ¿A cuántas personas se lo has dicho?
 LLevas razón, lo que no entiendo es por qué Alejandro tuvo que decírtelo.
 Bueno, creyó que iba a salir corriendo a buscarte e iba a aceptar todo lo que me pidieras. –dijo Mario burlándose con su risa habitual. Mariel hasta podía imaginárselo. – Pobre tonto.
 No tienes derecho, él es lo mejor que tienes.
 Mariel, basta de gilipolleces, olvídate de él, olvídate de todo, piensa en ti, nada más que en ti.
 Eso hago, eso intento hacer. Si solamente me dejaras en paz.
 Es que estás equivocada, no puedes estar sola, además ponte a pensar un poco en todo lo que tienes.
 Tengo veinticuatro horas diarias vacías y ninguno de mis días tiene sentido. No tengo razón para existir. No me necesitas, Mario.
 No me dirás que te aburres – la contra atacó incrédulo – vives comprándote ropa, alhajas y perfumes. Tienes el coche a tu disposición, el chofer parece más tuyo que mío, te vas cuando te apetece, no te prohibo nada, puedes viajar, ir un fin de semana al casino para gastar lo que desees, te doy más gustos de los que cualquier otra mujer que esté cerca de ti está acostumbrada a disfrutar, creo que tú misma ni siquiera te lavas el cabello o te arreglas las manos, para todo dependes de otras personas. No me parece que tus horas estén tan vacías, puedes leer, ir al teatro, almorzar en los mejores restaurantes con las esposas de mis amigos, comprar lo que te apetezca, cambiar el coche cada seis meses, viajar como quieras y cuando quieras, traer a casa a la gente que te parezca, hacer las locuras más extrañas, estar siempre hermosa y hasta tener un amante.
 Sólo quiero tener un esposo y un hijo – respondió Mariel cortando la comunicación.

4

 No te interesa saber nada sobre mí ¿no? – preguntó Mariel recostada sobre el pecho de Ángel.
 ¿A qué te refieres?
 A todo lo que he hecho a partir del momento en que nos separamos.
 No, creo que no me interesa, aunque me pregunto cómo has llegado a casarte con ese hombre y… qué pasó con tu hijo. ¿Por qué no te has quedado con tus padres?

 Ellos quisieron que me marchara – respondió Mariel incorporándose y mirándolo.
 Podrías haber vuelto cuando los ánimos hubiesen estado más calmados; pero… un matrimonio como ése…
 Lo hice, pero ya no estaban. Parece de película – respondió sentándose en la cama – y mi matrimonio es demasiado complicado de explicar, tendrías que conocer toda mi vida, es una especia de pacto con el diablo.
 ¿Y tu hijo? – preguntó Ángel sentándose junto a ella.Lo tuve conmigo casi dos años. Los dos comíamos gracias a una amiga que me consiguió un trabajo cuando todavía estaba embarazada. Allí fue donde y cuando conocí a mi marido. Entonces Mario sugirió que nos casáramos… pero no quería al niño así que ya no es mío.

Ángel se levantó de la cama silenciosamente sin decir una palabra y se metió en el cuarto de baño para darse una ducha. Mientras tanto Mariel se había puesto boca abajo, escuchaba el agua correr, esperaba que Ángel terminara, sintió que se había desnudado inútilmente ante él. Mientras trazaba invisibles dibujos en la almohada sintió una punzada de dolor, como si hubiese mostrado un flanco débil de manera inadecuada. Sintió que no se reconocía a sí misma, aquella mujer que se encontraba con Ángel era una completa extraña. ¿Era aquélla que había abandonado a su hijo? ¿Aquélla que se había casado transformando su vida en un martirio? No, no podía ser. Se levantó de la cama, se cubrió a medias con una bata y se acercó al espejo. Su piel, su cabello, sus ojos, su boca, sus piernas se encontraban diferentes, aquella extraña del espejo era la que había hecho todas esas cosas horribles. María Elsa, la chiquilla, la mimada, la adolescente, jamás las hubiera hecho, pensó. Pero entonces… ¿quién era Mariel sino María Elsa hecha mujer pagando los pecados de la adolescente?

Los días se sucedieron como en sueños hasta que poco a poco el ensueño y la niebla que cubría la realidad se fue disipando. Mariel comenzó a distinguir más claramente algunas facetas de aquella relación, se divertían, se amaban, pero jamás hablaban de lo que sentían el uno por el otro. Los dos tenían entendido que se necesitaban pero él parecía más independiente, el menos débil, el más seguro. Ella era quien con su avidez consumía su libertad. Una vez se habían amado pero ¿ahora? Poco a poco se fue manifestando como en pequeñas manchas hasta cubrirlo todo: el aburrimiento. Porque jamás hablaban de lo que los consumía internamente, porque ninguno de los dos soportaba ya asfixiarse en la angustia y el rencor sin poder gritarlo. No tenían el valor ninguno de los dos

de enfrentarse con la realidad y verle la cara. Como cuando se acariciaban o besaban, detrás de la ternura y la pasión existía algo superior, agresividad contenida, violencia disfrazada.

5

 Mariel – dijo Ángel desde su cabaña, en una mano el teléfono y en la otra una vaso de whisky.
 ¿Cómo estás?
 Perdona pero creo que no podré salir esta noche, no me siento nada bien... tal vez me ha sentado mal la comida de anoche.
 ¿Necesitas algo?
 No, no, tú ve a cenar y distráete.
 Ángel, –dijo Mariel titubeando – realmente deseaba hablar contigo esta noche, el plazo se está cumpliendo y quería decirte que ya he tomado definitivamente una decisión.
 ¿Cuál?
 Voy a tener a este hijo pase lo que pase.

6

Mariel había salido a cenar y bebido poco. Se sentía disgustada porque Ángel no estaba con ella, lo echaba muchísimo de menos, sintió que no se había comportado bien, que lo que una buena mujer hubiera hecho era ir a su cabaña y cuidarlo si se encontraba enfermo. Mariel tenía la llave de la cabaña y sintió irrefrenables deseos de ir a verlo y saber si se encontraba bien. Al llegar a la puerta encendió un cigarrillo, no vio luz dentro así que entró con su llave. De pronto, la luz de la lámpara se encendió y Ángel se incorporó en la cama con los ojos desorbitados, sin comprender. A su lado se encontraba una muchacha, la joven se puso de pie de un salto y corrió al cuarto de baño. Mariel se quedó en silencio, no sintió furia ni enojo, simplemente humillación.

Sentía que flotaba en el aire, como si fuese etérea. Cuando la muchacha salió vestida del cuarto de baño se fue rápidamente sin decir ni una palabra y mirando a Ángel despectivamente. Ángel no se había movido de su lugar, no hablaba ni la miraba. Había encendido un cigarrillo y se recostaba contra el cabezal. Cuando se quedaron solos Mariel se acercó a él lentamente. Sentía que no tenía nada que decir.

 Gracias, – dijo sin embargo – gracias por haberte cobrado lo

que según tú te debía. Cosa que aún no sé que es... De todos modos es una pena porque pensé que habíamos crecido un poco.

Cuando Mariel llegó a su chalet y se sentó a la barra. Se sirvió un whisky doble y esperó a que el hielo se derritiera. Se observó en el espejo de enfrente y vio sus ojos secos. Ni una lágrima. Los labios no estaban contraídos ni sus manos temblaban. ¡Es que acaso no era capaz de mostrar abiertamente una emoción! Se gritó a sí misma en su mente. ¡Maldita sea! La procesión caminaba lenta y pesadamente en su conciencia pero su rostro se veía incapaz de revelar tan sólo un sentimiento. No había terminado de beber cuando a través del espejo vio a Ángel de pie en la puerta.

 Pase señor – dijo irónicamente - ¿una copa?

 Sí, gracias – respondió él acercándose con cautela. Se había vestido de cualquier manera, se encontraba despeinado y con los ojos somnolientos. La observó y tuvo una mala ocurrencia – Eres hermosa. - dijo.

Mariel arrojó furiosa su vaso contra el espejo haciéndolo mil pedazos - ¡No tanto como para que duermas conmigo! – le gritó volviéndose hacia él. – Vete. No soporto verte. No quiero verte otra vez en toda mi vida. Vete ya.

 María, por favor – pidió él.

 Por favor ¿qué? – le preguntó burlándose de él. – No, continuó más calmada – no creas que es una escena de celos, sino simplemente que de pronto comprendí algunas cosas, no me importa que me engañes ya que ese concepto entre nosotros es absurdo. Antes de traicionarnos mutuamente estamos traicionando a nuestra pareja, a tu mujer, a mi marido. Además que no puedo pretender tanto de tí como que me ayudes a sobrevivir, porque eres tan egoísta como yo.

 Yo estoy separado. No te lo he dicho antes por... por una especie de temor de atarme a ti. Pero ya no tengo miedo, olvídate de esto, por favor.

 No – respondió sonriendo tristemente – Tengo tantas cosas de que olvidarme que este incidente parece una estupidez en comparación. Lo mejor es regresar a casa, de donde nunca debería haber salido, contarle a mi marido la decisión que tomé y si es necesario seguir sola, voy a seguir sola pero esta vez sin humillarme. Ya no me queda nada que rescatar de vosotros dos, los conozco tan bien que hasta me da náuseas. Sois peores que yo y eso ya es decir demasiado. Mientras Mariel se disponía a hacer las maletas él la observaba mordiéndose el dedo pulgar como un niño, pensando. Al terminar su labor Mariel cogió su equipaje y se decidió a salir de la

casa. Ángel la cogió violentamente de un brazo. ¿Adónde vas? – preguntó acercándola a él.
Regreso con mi marido, en todo caso regreso a mi casa a enfrentarme a él.
No, no regreses.
Tú crees que estaremos mejor juntos ¿verdad? Por qué no. No sé por qué lo he hecho, te lo he dicho, necesitaba libertad.
Es lógico. Lo entiendo perfectamente. Necesitas libertad. Pero yo no. No quiero ser libre. Necesito estar atada a alguien que me ame. Lástima que realmente yo significo tanto para ti como la muchacha de esta noche. Te repito que no sé por qué lo hice.
La historia se repite, Ángel – dijo Mariel cansada de sostener una discusión tan inútil. – Siempre es igual, recuerda que hace más o menos cuatro años todo se estropeó porque tú hiciste algo parecido a lo de hoy. Ahora no pienso destruirme como aquella vez, simplemente pienso expulsarte de mi vida de una vez y para siempre. ¡Estoy harta!
Mariel se liberó de la mano de Ángel y abrió la puerta; cuando llegó al coche y terminó de acomodar las maletas lo encontró a su lado.
No entiendo. Te necesito María, te necesito de verdad y no entiendo por qué te vas si los dos estamos igual. ¿Nada más?
Nada más ¿qué más? ¿qué más necesitas para estar con alguien?
Es ridículo pero necesito amor. Ángel, eso es algo que en tu cuerpo tan grande pero en tu corazón tan minúsculo no habrá jamás.
Ángel sintió que realmente la perdía, la estrechó fuertemente pero ella se liberó fastidiada y subió al coche. Lo puso en marcha y echó a andar. Ángel se quedó un instante de pie en medio de la calle, hasta que se decidió a seguirla. La siguió aproximadamente media hora con su coche sin cansarse ni darle ventaja. Mariel se encontraba nerviosa, indispuesta, mareada, la carretera se le hacía difícil y las luces de los otros coches la enceguecían; de pronto una luz la cegó totalmente. Sintió el estruendo de los cristales destrozados, el gusto a sangre en la boca y se precipitó al vacío de una oscuridad punzante que la aguardaba.

7

Al abrir los ojos, Mariel se encontró en una habitación pintada de blanco, ventanas con rejas y un extraño olor a medicamento. Le dolía la cabeza y más aún el vientre y las piernas. Le costaba mover las manos y los ojos. La puerta se abrió y entró una mujer vestida

de blanco. La enfermera la miró y sonrió. Así como entró salió y al instante entró alguien a quien ya conocía muy bien. Su cabello rubio brillaba en el cuarto en penumbras y Mariel creyó ver que él sonreía. Se acercó a ella con las manos en los bolsillos y luego como sabiendo lo que Mariel deseaba Ángel encendió un cigarrillo y se lo puso en los labios.

 Estamos desobedeciendo las normas – dijo él – está prohibido fumar.

 No sería la primera vez que las desobedecemos – respondió ella sorprendiéndose de poder decir una frase tan larga. Ángel le cogió una mano y la acarició suavemente, se inclinó hacia ella y un nudo cruzó por su garganta.

 Lo siento – dijo él y Mariel sintió miedo – Perdóname María, sé que tendría que decírtelo el médico pero prefiero hacerlo yo, creo que sería demasiado cobarde si no lo hiciera.

Mariel lo miró angustiada, presumiendo lo que iba a decirle. Seguramente podrás tener otros hijos, sé que dentro de un tiempo tendrás otro hijo. Después de todo este niño era un problema. Algún día desearás de verdad tener un niño y serás feliz con él. Lo siento.

 ¿Lo sientes? – preguntó ella irónicamente.

 De verdad. No sé por qué ha pasado todo esto, realmente no lo sé.

Ángel apretaba su mano cada vez más fuertemente sin saber qué decir.

 Déjame sola, por favor. – pidió Mariel.

 No, mi amor.- dijo Ángel. Ella lo miró sin comprender, hacía siglos que no la llamaba así, qué pretendía ahora.

 Ángel, regresa a tu casa, por favor. Déjame sola, te ruego que te vayas y me dejes.

La observó un instante, se inclinó nuevamente para besarla pero ella apartó el rostro bruscamente. Ángel le soltó la mano y se marchó más rápido de lo que ella en el fondo deseaba.

8

Mariel no pudo pensar en nada aquella tarde. El canto de los pájaros que desde el jardín se escuchaba la distraía y como si

hubiese perdido la razón no se sentía capaz de pensar en otra cosa que no fuera el canto de los pájaros.

A las seis de la tarde un médico apareció. Su aspecto era común y su trato ordinario, la revisó rápidamente sin hablar hasta que anunció de manera muy escueta lo que Ángel ya le había anticipado con algo más de tacto. Había perdido al bebé. Pero había algo que Ángel no sabía o que en todo caso no había tenido el valor de revelarle, el médico no se encontraba seguro de que algún día pudiera tener otro hijo. Nada de eso afectó demasiado a Mariel en aquel momento.

Mario cogió el primer vuelo al enterarse de lo sucedido. Mariel le agradeció interiormente que lo hiciera. Esa era una actitud poco acostumbrada en él. Pero en definitiva, él se había salido con la suya de una u otra manera.

9

Cuando llegó a la casa lo primero que hizo Mariel fue buscar a Alejandro, le extrañaba muchísimo que no la hubiera ido a recoger al aeropuerto. La criada le informó que seguramente estaría con sus amigos, en el bar de siempre a tres o cuatro calles de allí.

Hacía más de un mes que no se veían. Al llegar al bar uno de los amigos de él al verla de pie en la puerta le advirtió que ella se encontraba ahí. Alejandro salió rápidamente y al encontrarse con ella la estrechó con todas sus fuerzas, notando entonces que se encontraba aún bastante más delgada que antes de marcharse. Le cogió el rostro entre sus manos besándole ambos párpados y la frente. Parecía loco de alegría al verla. Mariel ya conocía a casi todos los jóvenes del lugar quienes en realidad eran simplemente uno o dos años menores que ella. Por eso entraron al bar y se quedaron allí, en grupo, hablando mucho, riendo, fumando bastante y bebiendo aún más. Mariel bebió más que todos ellos y aunque no se encontraba borracha comenzaba a sentirse indispuesta. Los amigos de Alejandro apreciaban a Mariel, para ellos era una más y ella se sentía cómoda con ellos; las muchachas la trataban como a una igual. Cuando salieron de allí casi de madrugada Mariel sintió que el aire puro y fresco le perforaba los pulmones. Caminó media calle y se sostuvo en Alejandro, él le pasó el brazo por los hombros y en un gesto de apoyo que la hizo estremecer con un sentimiento entremezclado con la ternura, algo que hacía ya demasiado tiempo no brotaba en ella.

 ¿Hace falta que te diga algo sobre lo sucedido?

 No, gracias. – dijo ella.
 Mariel, aún hay gente que puede quererte.

10

Los días pasaron lentamente. Mariel intentando recuperarse, pero bebiendo cada vez más, sintiéndose físicamente cada vez peor. Extrañamente durante los últimos días Mario se había vuelto muy considerado y amable. Alejandro le había advertido que tuviera especial cuidado porque presentía que algo se traía entre manos.

11

Luego de estar algunas semanas aislada de todo contacto con el mundo exterior, Mario la llevó a una fiesta. Siempre la misma clase de reuniones.

El camarero pasó con su bandeja y Mariel cogió una copa de champagne, la número… , no sabía, ya no lo sabía. Había ido vestida como a Mario le apetecía, había causado sensación. La joven esposa de Mario Vissner era admirada por todos sus amigos. Le daba náuseas.

Esteban Lamartine le había sido presentado aquella misma noche. No cruzaron más de dos palabras, pero él la observó durante toda la velada mientras se entretenía conversando con los más íntimos amigos de su esposo. Mariel se sintió cansada, subió al primer piso de la mansión y se sentó en la escalera. Mario apareció de pronto, con su smoking negro y su sonrisa imborrable.

 ¿Cansada, amor mío? – preguntó él.
 Un poco – respondió ella apoyándose en su hombro. Salgamos.

Salieron al parque y caminaron unos metros hasta quedar completamente solos. Mario le encendió un cigarrillo y se lo dio. Se mostraba muy amable con ella, hasta la cogió de la cintura.

 ¿Te gusta la fiesta?
 Es como todas, un poco más o menos aburrida.
 Para mí no es como todas. Hoy, como nunca, necesito que me ayudes.
 ¿Yo? – preguntó ella riendo.
 Mira, tengo un problema. ¿Te han presentado a Esteban Lamartine? Bueno, es alguien interesante, ¿verdad? … No sé cómo ese tío tiene a medio mundo en sus manos, lo conozco desde hace tiempo y siempre sentí que me pisaba los talones.

 ¿Te los ha pisado?
 Algo así ...
 ¿Y yo que tengo que ver en esto?
 Es un tío que siempre ha tenido todo lo que le ha apetecido y tú sabes lo idiotas que somos algunos hombres. Éste es uno de los que no le importa el dinero para nada porque tiene demasiado y lo único que le interesa es darse los gustos en vida. Es capaz de perder miles de euros por un capricho y mientras yo estoy a punto de perder algo más que miles de euros que irán a parar a sus manos. Más de la mitad de mis negocios arruinados y controlados por él. Es muy difícil que lo entiendas, para que te resulte más sencillo te digo que me tiene entre la espada y la pared. Pero... gracias a mis amigos, conversando con él ha surgido una solución...
 ¿Y?
 ¿Lo has visto bien?
 Sí, lo he visto.
 Le has gustado mucho – dijo Mario sin miramientos. Mariel sintió que un frío le corría por la espalda. – Para él eres una de esas cosas hermosas que desea alcanzar. He oido decir que no le importaría olvidarse de sus problemas conmigo si...

 Si ¿qué? – se anticipó ella agriamente.

 Creo que puede alcanzarle una noche, además el hecho de que seas mi mujer va a ser suficiente.
Mariel dio media vuelta e intentó marcharse, se sentía humillada, después de mucho tiempo volvía a sentirse de aquel modo nuevamente. Mario la cogió con fuerza de un brazo y la acercó a él.
 Nada te cuesta. – dijo autoritariamente, no se trataba de un pedido sino de una orden – Es lo menos que puedes hacer por mí. Hace dos años ni siquiera hubieras titubeado, es más, te hubiera encantado la idea de follarte a alguien como él. No olvides los borrachos con coca hasta el culo que has tenido que complacer por cuatro duros.
 No lo voy a hacer – respondió firmemente con los ojos enrojecidos de furia. –No lo mereces. ¿No tienes orgullo? ¿No te humilla vender a tu esposa? ¿Qué clase de hombre eres?
 Que no lo merezco. Si no fuera por mí aún estarías viviendo como una miserable, te estarías arrastrando quién sabe por dónde. Te pasarías todo el día metida en un maldito prostíbulo disfrazado de club internacional. Yo te he quitado de aquello, te he convertido en mi mujer, la mujer de Mario Vissner y todo el mundo te respetó y te admiró. Sólo te pido que hagas lo que has hecho durante tanto

tiempo porque te apetecía y ayudaba a ganarte la vida.
 Te he dicho que no lo voy a hacer – respondió Mariel enfurecida.
 Si no lo haces yo tampoco haré nada por ese niño tan guapo que tan sólo tiene tres años y que es totalmente inocente.
 Él no tiene nada que ver con lo que somos tú y yo. No serías capaz de romper la promesa.
 ¿No?
 No me importa, me iré a vivir con él, hace tiempo que lo estoy pensando.
 Sabes que no puedes. Él no te conoce, no sabe quién eres. Para él su madre es aquella mujer que lo cuida día y noche y no una bailarina con pasado dudoso.
 No me importa. ¡Estoy harta! Me cansé de vivir de esta manera.
Sin importarle dónde se encontraban Mario la cogió de ambos brazos y la sacudió violentamente.
 Pero vivirás así, porque tanto tú como yo somos amantes de esto. Aunque te encuentres podrida por completo y no haya nada que rescatar en ti vas a vivir. Tenemos un pacto ¿recuerdas?
Sí, habían hecho un pacto, pero jamás había pensado ella que llegaría el momento de cumplirlo. Recordó la primera vez que había estado en una situación semejante, la primera vez que Mabel le había presentado a alguien. Sentía que hacía siglos que había sucedido todo aquello.

12

Se trataba de una tarjeta llave común y corriente, con un número. Sólo debía introducirla en la cerradura, empujar y abrir aquella puerta. Entrar. No podía. Todo giraba a su alrededor y ante su propio asombro tenía miedo. Finalmente Mariel lo hizo.

Esteban Lamartine se encontraba sentado en un sillón leyendo unos papeles. Aún conservaba el smoking de la fiesta. Alzó la vista y se encontró con el rostro de ella, desencajado, con su figura tambaleante, de pie delante de la puerta que acababa de cerrar a sus espaldas. Él sonrió, sus dientes blanquísimos y sus ojos brillaron a la luz de la lámpara que se encontraba a su lado. Mariel sabía que debía sonreír, lo intentó, pero su sonrisa temblorosa se disipó en un instante. No podía, el temor y el whisky que había bebido se lo impedían.

 Hola. – dijo Lamartine, su voz era profunda y amable.

Mariel avanzó unos pasos hacia él, sabía que así debía hacerlo. El se puso de pie, fue al bar y sirvió dos whiskys. Le alcanzó el vaso helado y ella se apresuró a beber ávidamente. Él lo hizo con lentitud, se acercó a ella sin dejar de mirarla, como si se tratara de un cuadro del Museo del Prado. Mariel encendió un cigarrillo. No soportaba estar vendiéndose nuevamente. Esteban le rodeó la cintura con sus brazos sin decirle una palabra, la besó suavemente en el cuello y los labios saboreándola. Mariel no le respondió y él se alejó un poco para mirarla, manteniendo su sonrisa casi ingenua.

 Mariel – dijo muy bajo.

 ¿Qué? – preguntó ella casi temblando.

 Nada. Me gusta tu nombre. Quería saber cómo sonaba.

Le cogió la mano y la llevó hasta un hermoso dormitorio. Mariel no disimulaba su nerviosismo y hasta su disgusto. Él le gustaba pero no soportaba la situación. Se sentaron en la cama, él se alejó de ella y se dispuso a seguir mirándola sin prisa alguna.

 ¿Cuántos años tienes? – preguntó.

 Veinticuatro.

 Entonces ¿por qué tienes miedo?

 No es miedo. – respondió ella esbozando una sonrisa burlona. – Es incomodidad.

 Creía que habías venido porque estabas de acuerdo con mi propuesta.

 No – respondió ella secamente.

 ¿Cómo? – preguntó completamente sorprendido, como si no comprendiera ni una sola palabra de lo que ella le decía. Si no te importa me marcho.

 No – respondió categóricamente para luego agregar con un poco más de cortesía – Te ruego que te quedes un momento. Dame la oportunidad de comprender todo esto.

Mariel le pidió otro whisky y le explicó lo más claramente posible por qué se encontraba ella allí. Él se echó a reír. Esto no es lo que yo quería. Hice un comentario, algo así como que... por una mujer como tú, o sea porque pasaras a ser mi mujer y no la de Vissner no me importaría perdonarle a él todas sus deudas. Porque le habría quitado lo mejor que tenía. Luego alguien me comentó algo sobre ti. Evidentemente un gran malentendido.

El whisky era bueno, la compañía mejor. Por primera vez Mariel hablaba con alguien que no era su esposo o Alejandro. Él la escuchaba y a su vez le contaba cosas. Ya no existía ninguna obligación, ella podía marcharse cuando quisiera, pero ninguno de

los dos quería eso. Esteban la hacía reír y la acompañaba bebiendo. Mariel se preguntó por qué su esposo no podía ser así. Cuando ella se puso de pie dispuesta a marcharse, Lamartine se acercó y jugó con un mechón rubio oscuro, luego la peinó con las manos y le sonrió ampliamente como siempre.

 No quiero fastidiarle la vida a nadie, pero... no puedo evitar darte un consejo: déjalo. Aléjate de Mario Vissner, eres una persona querible, pero me atrevo a decir que él no te quiere mucho que digamos.

 Gracias. Adiós.

Se besaron suave y lentamente y Mariel se marchó.

13

Vacía, así se sentía Mariel cuando aparcó el coche frente a su casa aquella mañana. Se sentía totalmente vacía y confundida. Era como si de pronto hubiera comprendido todo. Mario no era su esposo aunque estuvieran casados, él la tomaba y dejaba a su antojo como a un objeto, jamás había sentido nada por ella. Alejandro la quería pero no podía ayudarla porque en el fondo pertenecían a mundos diferentes. Ángel se ahogaba en el rencor, el odio y la venganza y eso no le permitía ver más allá, no le permitía ver que Mariel también sufría y lo amaba. Pero él no lo sabía ni lo entendería jamás. Se acercaba a ella porque en el fondo la amaba de manera enfermiza, oculta, disfrazada de rencor y para él ella siempre sería una extraña. Que ridículo que después de tanto tiempo se pusiera a pensar en el porvenir de su hijo. ¿Por quién había pactado separarse de él, por su hijo o por ella misma? Ya no soportaba tener que verlo desde el coche sin siquiera poder acercarse. Lo quería y había deseado lo mejor para él pero también deseaba tenerlo a su lado.

Cuando entró a la casa percibió de inmediato aquel aroma especial, ese aroma particular que se encuentra solamente en algunas casas y que se impregna en todas las cosas. Titubeó sin saber adónde dirigirse, no deseaba encontrarse con nadie por lo que fue a la biblioteca, abrió lentamente la puerta y encontró a alguien de pie junto a la ventana. El visitante se volvió hacia ella y lo

reconoció de inmediato. Era exactamente a quien menos necesitaba encontrar.

 Hola –dijo Ángel con una sonrisa que hacía mucho tiempo no practicaba.

 ¿Qué haces tú aquí? – preguntó ella acercándose. El chaval me ha dejado entrar, ha dicho que te esperara si

me apetecía.

 ¿Qué chaval? ¿Alejandro?

 Sí, tu hijastro.

 Que extraño... –dijo ella y él le cogió ambas manos – No

entiendo, no entiendo nada, ni a ti, ni a él, ni a nadie. ¿Por qué has venido?

 Porque te necesito – respondió él acercándola. Mariel se apartó furiosa.

 No.

 No ¿qué?

 No pienso seguir con esta historia. Me destruye cada segundo que paso contigo. Me destruye cada palabra que dices, cada caricia, cada contacto. Ángel, no soporto la incertidumbre de no saber si me odias y lo que pretendes es destruirme o deseas que volvamos a ser personas normales.

 Ni una cosa ni la otra.

 ¿Pero entonces qué? – gritó ella.

 Para comenzar no soy yo quien te destruye, – dijo él con desprecio – sino tú misma.

Mariel encendió un cigarrillo y lo miró fijamente, luego se sirvió un whisky.

 ¡Sigue, sigue bebiendo y fumando y verás como no llegas a los 30!

 Gilipollas. – dijo Mariel con toda la furia contenida en su interior - ¡Eres un payaso idiota! ¡Tu vida no tiene más sentido que la mía y vienes aquí a burlarte de mí!. Sólo espero que algún día te des cuenta de todo lo que estás perdiendo. Si me amas estás perdiendo la oportunidad de que seamos felices y si no me amas eres un perfecto imbécil por estar perdiendo el tiempo conmigo en lugar de ir a buscar la felicidad en cualquier otra parte.

Mariel lo miró con desprecio y se adelantó a él para abrirle la puerta de calle sin volver a mirarlo. Ángel le besó suavemente la mejilla, ella no lo miró siquiera, se limitó a mantener la puerta abierta.

14

Sentada frente al espejo, Mariel se peinaba el cabello mientras pensaba. Diez minutos después que Ángel se marchara llegó su esposo.

 ¿Cómo te ha ido? – preguntó burlonamente – El que salía de aquí… ¿era el idiota del cual me hablabas?

 Sí. No sé por qué ha tenido que venir.

 Venga, te haces cada pregunta… ¿Qué sucede? ¿Has quedado tan fascinada con Lamartine que ahora ni siquiera le prestas atención al hombre de tus sueños?

 ¡No seas imbécil! – respondió ella agresivamente.

 Sólo digo la verdad.

 Es una verdad muy estúpida.

 Como la protagonista.

 ¿Te estás burlando de mí?

 Sí.

Mariel se volvió hacia él enfrentándolo, era el final de su paciencia.

 Mario, ya no puedo seguir así.

 ¿Y qué puedo hacer yo?

 Necesito un aliciente para seguir. Necesito que me lo devuelvas.

 ¿Qué te devuelva qué? – preguntó él como si hablara con una tonta.

 Lo que me has quitado hace dos años.

 ¡Ah!… ya sé. Lo que significaba un estorbo para ti y en aquel momento no te molestó que te liberara de él, querrás decir.

 Quiero que me devuelvas a mi hijo. – pidió.

 Marielita, - explicó él con calma – un niño no es una cosa, no se puede llevar y traer, dar y quitar. Se da y ya, se abandonó y basta.

 Pero son amigos tuyos… al principio no querían. Además tú tienes muchas influencias. No importa cómo, Mario, pero lo necesito.

 No tengo la culpa. Lo hubieras pensado cuando tenías 21 años, cuando nos conocimos, cuando vivías en esa pocilga con tu amiguita. Te hubieras acordado entonces que lo querías y lo ibas a echar de menos, imbécil.

 No soy tan mala persona como tú dices.

 Lo eres. – dijo él cogiéndole el mentón – y lo seguirás siendo aunque los tíos mueran por ti y yo te necesite por una cuestión de status. Seguirás siendo escoria.

Mariel le cruzó el rostro de una bofetada que él le devolvió inmediatamente pero mucho más fuerte haciéndola caer al suelo. Lo miró intentando convencerse de lo que acababa de hacer. Se puso

de pie y comenzó a reír mientras se limpiaba con el dorso de la mano un hilo de sangre que le corría desde la boca al mentón. Mario la miró seriamente, casi sin saber qué pensar. Ella sacó el abrigo de piel del armario y de la mesa de noche un sobre con dinero, bajó las escaleras mientras se colocaba el abrigo, cogió el bolso que había usado la noche anterior y fue hasta la puerta de calle.

 ¡Mariel! – le gritó Mario, ella no le respondió y él corrió hasta alcanzarla y cogerla bruscamente de un brazo. ¿Adónde coño crees que vas?

 Me marcho. Me marcho como estoy, haz lo que quieras, no me interesa. Total, no puedes quitarme nada ya que no tengo nada.

 Pero... es ridículo que te vayas así vestida. Estoy seguro de que regresarás en un par de días. Al menos llévate una maleta con ropa.

 Por supuesto – respondió Mariel burlona – lo que te preocupa es que alguien me vea y diga que ha visto a la esposa de Mario Vissner así vestida, con un traje de luces, largo y arrugado, con un hermoso abrigo de piel, por el centro de la ciudad a la una de la tarde. Sería muy evidente que me largué o que he perdido la cabeza por completo.

15

Aquel día el aspecto de Mariel era bastante peculiar. No todas las mujeres se pasean por la ciudad con un vestido que no se quitan desde la noche anterior. A pesar de aquello no tenía del todo mal aspecto, ya sea porque su indumentaria denotaba que quien la llevaba se encontraba en una buena posición económica o porque el haberse marchado de su casa le producía una amarga y extraña satisfacción. Pasó horas dando vueltas con el coche por la ciudad, ya que en realidad no sabía adónde quería dirigirse. Casi sin quererlo, ya entrada la noche, llegó al lugar donde Mabel y ella trabajaban en su tiempo. Un sitio deplorable, pero al cual acudía mucha gente y obtenía sus buenas ganancias. Aparcó el coche en la acera de enfrente y esperó. En la puerta del lugar había un hombre al cual conocía muy bien. Él la observó desde lejos con indiferencia. Mariel descendió del coche y se acercó a él, sacó un cigarrillo y lo encendió.

 Buenas noches – dijo el hombre con su voz inconfundible y sus ojos pequeños y danzarines.

 Buenas noches – respondió ella indiferente, como si no tuviera noción de lo que la rodeaba.

 Quisiera ver a Mabel, a Mimí.
El hombre sonrió ampliamente e hizo un ademán para que pasara.
 Está donde siempre – dijo - ¿prefiere entrar por detrás?
 No, prefiero así.
 Por supuesto – se apresuró a decir con amabilidad exagerada – El patrón se alegrará de ver a Mariel, guapa.
 No pensé que me recordaras.
 Claro que sí – respondió sonriendo.

16

Mariel descendió las delgadas escaleras tapizadas de rojo. El lugar tenía un olor especial, un olor que no puede ser descripto con propiedad. La música llegó a sus oídos hasta ensordecerla cuando terminó de descender y se encontró con que no sabía realmente adónde dirigirse. Se quedó un instante allí, de pie, observando en la penumbra, luego miró hacia el escenario. Nada interesante. Siempre la misma basura. Cuando decidió avanzar un hombre se acercó a ella y la cogió delicadamente de un brazo. Ella se volvió y lo reconoció de inmediato.

 No puedo creerlo – dijo él – dime que no estoy soñando. No, no estás soñando – respondió Mariel.
 ¿Mariel? – preguntó como si aún no se convenciera. Así es.

Se trataba de su antiguo jefe. Mariel no pensaba que pudiera encontrarlo. Su aspecto era inconfundible y lo conocía tan bien que de sólo verlo le daban náuseas. No era muy alto, rubio, de ojos verdes medio marrones, de unos cuarenta años y poco más. Para algunas mujeres podía resultar atractivo pero para ella era repugnante.

 He venido a visitar a una vieja amiga – dijo ella mientras se abrían paso. - ¿Te importa?
 Al contrario, me alegra que estés aquí. ¿Por qué no nos tomamos algo?

17

La oficina era pequeña, como siempre, Mariel ya había estado allí demasiadas veces. La música se amortiguaba con la puerta cerrada. Mariel lo observaba sin verlo, sentía la necesidad de salir corriendo de allí.

Se sentaron uno frente al otro al escritorio y el hombre le sirvió

un gran vaso de whisky, la conocía.
 Estás muy guapa. – dijo él mientras una bocanada de humo inauguraba lo que como siempre sería después una humareda insoportable - ¿Cómo va tu vida?
 Bueno, ya no trabajo, me casé.
 ¿Lo dices en serio? – preguntó él conteniendo la carcajada. – Bueno..., siempre he dicho que eras diferente. Supongo, por lo que veo, que no te habrás casado con cualquiera, ya que no cualquiera fuma los cigarrillos que tú estás fumando.
 Sí, no es cualquiera. Es alguien ... importante, importante dentro de ... de lo que se llama sociedad.
 Lo mereces, ya que no eres como las demás, te puedo asegurar que hay momentos en que no las soporto. Tú siempre has sido femenina, elegante, distinguida, hermosa y apacible. Un encanto. Jamás he vuelto a encontrar a otra chica con un ángel como el tuyo. Tampoco que bailara tan bien.
 Bueno – dijo Mariel cambiando de tema – Me marcho.
 ¿Ya? ¿Tan pronto? Mira, si no llevas demasiada prisa te invito a cenar, además tengo un par de amigos a los que les encantaría poder conversar contigo.
 No – respondió poniéndose de pie – Te agradezco pero creo que no has comprendido bien. Me casé, ya no trabajo, ni bailo ni acompaño a nadie.
 No sería nada de eso, es algo diferente.
Mientras se iban acercando a la puerta irrumpió una mujer de unos 35 años, con el cabello pintado de rubio y un aspecto realmente desagradable. Mariel la reconoció de inmediato, se sorprendió de que aún trabajara allí.
 Hola Leila – dijo el hombre avanzando hacia ella y acercándola de un brazo a Mariel - ¿Recuerdas a nuestra pequeña princesa? – le preguntó sarcástico.
 Hola – dijo Mariel. Leila la miró confundida y luego azorada, como si no lo pudiera creer.
 Mariel... – dijo la mujer con un dejo de placer y resentimiento al mismo tiempo. – Jamás hubiera imaginado que regresarías.
 Y... con estas cosas nunca se sabe.
 Bueno, quédate que hoy está de maravilla. Cuando le cuente a las niñas no podrán creerlo.
 Lo siento, sólo he venido a ver a una persona.
Leila largó una carcajada estridente.
 El viejo puede más que nosotras – dijo.

 Sólo he venido a ver a Mabel – aclaró Mariel.
 Aquella sí que tiene suerte ¿no?
 Leila ...
 Entiendo – dijo Leila palmeándole las caderas y se marchó riendo.
 Aún no entiendo por qué te pones así – dijo el hombre cuando Leila se marchó. – No es ninguna novedad que Leila se muere por las tías como tú y ahora has resucitado viejos deseos, ja ja.
 Por qué no te mueres. – dijo Mariel secamente mientras abría la puerta. Luego se volvió hacia él intentando endulzar su tono de voz – Juan... ¿cómo está Mimí?
 Como siempre, pero últimamente muy sola, muy deprimida. Creo que le hará bien que la visites. Ve. – respondió él estirándose y besándole ligeramente el cuello.

18

Mariel recorrió los pasillos hasta llegar al pequeño cuarto en el cual estaba Mimí, o Mabel, a quien desde siempre se la consideraba como algo mejor que las demás y por lo tanto a veces gozaba de la posibilidad de descansar en un cuarto. Esperó unos breves instantes frente a su puerta, luego entró sin dudar. Se encontró con una Mabel cansada, o harta, quizás tan cansada o harta como ella misma. Mabel vio la figura de su amiga reflejada en el espejo y se puso de pie de un salto, la miró con infinita sorpresa.

 ¿Tú? ¿Qué haces aquí? – le preguntó con ironía. Siempre se regresa al primer amor. – respondió Mariel desplomándose en una silla y encendiendo un cigarrillo . Por lo visto estás destinada a ser mi paño de lágrimas. ¿Qué me miras con esa cara? ¿No me conoces?
 Juraría que no. ¿Qué ha sucedido?
 Nada, o no sé... , no sé cómo explicarlo. ¿Tienes whisky o algo?
 Algo – respondió Mabel.
 ¿Tienes sitio en tu cuarto esta noche para mí?
 ¿Qué? ¿Qué ha sucedido?
 Que gran placer el tuyo el de hacerme preguntas.
 No me dirás que no tienes dinero como para ir al mejor hotel.
 Tengo como para comprar el mejor hotel. Necesito estar con alguien, necesito sentir que no estoy tan sola, que aún me importa la gente. Ven, le dijo a su amiga casi ordenándoselo.
– se quitó el abrigo y la ropa mientras Mabel la miraba sorprendida.

– Te lo regalo, también el vestido. Eso sí a cambio quiero los vaqueros y la camiseta con los que seguramente has venido.
 ¿Te has vuelto loca? María, no entiendo nada.
 No te preocupes. Lo único que sé es que esta piel de millonaria no la soporto más, necesito quitármela por lo menos por una noche.

Mabel no era la solución, pero ¿cuál era? De aquel modo Mariel se sentía un poco más tranquila, podía olvidarse un poco de toda aquella locura de idas y venidas, de búsqueda y rechazo. Parecía increíble pero casi no podía recordar lo que había sido de su vida antes de conocer a Mario, como si todo hubiese transcurrido entre niebla.

La habitación de su amiga era de lo más miserable que podía existir, tan miserable como la recordaba de años atrás, pero en aquel momento le pareció aún peor. Se sentía cómoda con la ropa de Mabel, pero en la habitación tampoco halló demasiado consuelo, mucho menos al revivir lo mal que estaba su amiga, en las más precarias condiciones. Sin embargo, Mabel se sentía casi feliz con esas cosas mientras ella era una idiota llena de traumas que jamás se satisfacía con nada. Se arrojó a la cama y a pesar de sentir una tremenda opresión en el pecho no podía llorar. Desde que habían llegado Mabel no había abierto la boca. De pronto escucharon que alguien llamaba a la puerta. Mariel se incorporó y miró a su amiga interrogativamente.
- No espero a nadie.- dijo ella.

Mariel encendió un cigarrillo y se encogió de hombros. No podía hablar. Mabel se levantó y fue a abrir. Se volvió a Mariel con cara de asombro. Mariel se levantó de un salto y fue a ver. La figura que esperaba en la puerta la miró con inmensa paz, casi con frialdad. Se trataba de Ángel. Mariel deseó salir corriendo.

 Nos vamos – dijo él terminante.
 Tú te vas, yo me quedo.
 Nos vamos – insistió – Coge tus cosas y vámonos. Bastante

trabajo me ha costado encontrarte para que ahora me vengas con niñerías.

 No quiero irme. Nadie te ha pedido que me busques. No eres quién para decirme lo que debo hacer, ni siquiera eres mi marido.

 ¿Y quién es tu marido? Un cabrón que te utiliza a su antojo.

 ¿Y tú? – dijo Mariel – Eres un imbécil que ni siquiera sabe lo que quiere ¿qué pretendes ahora?

 Quiero que abandones definitivamente a ese tío, que vivas conmigo.
Mariel intentó calmarse antes de responder, Mabel la miró como si Ángel se encontrara totalmente loco.
 Déjame sola – pidió – Déjame sola, por favor, comprende que no puedo.
 No, no voy a dejarte porque te necesito.
 No me interesa tu manera de necesitarme. Necesito tu apoyo constante, no tus ataques.
 De eso no puedo hablar aún, no lo sé.
 Cuando lo sepas, entonces podremos comenzar a hablar. Ángel la miró con desprecio.
 Crees que eres muy importante ¿verdad? Hay mucha gente interesada en saber dónde estás.

Mariel se quedó de pie, inmóvil, Mabel cerró la puerta lentamente y la miró un instante.
 ¿Te acompaño? – le preguntó.
 ¿Acompañarme? – le preguntó atontada.
 A verlo, a ver a tu hijo. – respondió y Mariel la miró sorprendida - ¿Por qué me miras así? ¿Acaso no es lo que ibas a hacer? No me preguntes como lo sé, podría decirte que lo sé porque en el fondo somos iguales. Las dos tenemos muy pocos clavos de donde aferrarnos para seguir. Ninguna de las dos cree demasiado en el amor. A fin de cuentas tu hijo, es la única persona inocente en tu vida.

19

Todo aquello era tan absurdo, nada tenía sentido, no obstante lo único claro era que estaba haciendo algo realmente peligroso. Hacía mucho tiempo ya, al principio del abandono, ella había ido a ver a su hijo. La persona que lo cuidaba no se atrevió a negárselo. Pero cuando Mario se enteró, hizo que se lo llevaran fuera por seis meses, y la amenazó con que si no se conformaba con verlo simplemente de lejos jamás volvería a verlo de ninguna manera. Aquella situación era tan ridícula. Ver a escondidas a su propio hijo. La culpa no le permitía pensar con claridad. Aparcó el coche frente a la casa en la cual sabía que vivía el niño y con Mabel esperó tres horas. En todo ese tiempo no intercambiaron ni una sola palabra. Se entendían perfectamente sin necesidad de hablar. A las 4 de la tarde la gran puerta se abrió y salió la “madre”. A Mariel se le hizo un nudo en la garganta, detrás de ella salió él. Odió a aquella mujer

que estaba en los cuarenta, sencilla, de clase media, que gracias a Mario había conseguido las dos cosas que más ambicionaba y que jamás hubiera podido obtener de otra manera: un hijo y una muy buena posición económica. Mario le había prometido a Mariel que el niño siempre tendría lo mejor y hasta el momento siempre lo había cumplido. El pequeño se veía menos rubio, más grande y más revoltoso. Él y su madre fueron a hacer compras y Mariel los siguió de cerca con el coche. La mujer ni siquiera se dio cuenta. Entró a una tienda y el pequeño fastidiado de tanto andar se quedó fuera jugando. Mabel cogió a su amiga del brazo, con fuerza, al ver que ésta abría la puerta del coche.

 ¿Qué haces? – preguntó angustiada.

Mariel no le respondió, sólo descendió y cruzó la calle hasta él. Sentía una increíble vergüenza por estar cerca de su hijo.

 Iván – dijo más con rencor por el pasado en su voz que con dulzura; el niño se volvió hacia ella sorprendido. La miró fijamente, no como un niño sino como un adulto.

 ¿Tú cómo te llamas? – preguntó y ella sintió que flaqueaban sus fuerzas, jamás había oído su voz.

 María – respondió.

 Mira – dijo mostrándole un cochecito nuevo.

 ¡Qué bien! – pudo decir Mariel poniéndose en cuclillas a su lado, en realidad no sabía cómo tratarlo. - Vamos, vamos a comprar chuches.

El niño le extendió la mano y comenzaron a andar, cuando de pronto él se detuvo.

 No puedo. Mi mami está comprando allí y no debo alejarme.

 Conozco a tu mami, es amiga mía, me ha pedido que te cuide un rato y así ella hace las compras tranquila. – respondió ella.

El niño la siguió sin replicar. Cuando Mabel los vio acercarse al coche su rostro se llenó de espanto. Apenas subieron salió de allí velozmente.

20

 Mariel... - dijo Mabel – escucha, por favor... ¿qué haces? ¿Tú cómo te llamas? – le preguntó el niño.

 Mabel – respondió Mariel.

 No me has comprado chuches – le recriminó él.

Se detuvo en un quiosco, cogió dinero y se lo dio a Mabel.

- Ve y cómprale lo que sea. – ordenó dándole dinero a su amiga y casi sin mirarla.

Mabel descendió sin decir una palabra.

Ella encendió un cigarrillo y se dio cuenta de que el niño la estaba observando, ella lo miró también y le acarició el cabello como peinándoselo. Hacía muchísimo tiempo que no le daba un beso. Lo besó rápidamente en la cabeza, él parecía ligeramente asustado.

 ¿Por qué me miras así? – preguntó ella.

 Eres guapa, como mi mami - respondió y Mariel tuvo que volver su rostro hacia otro lado, ya no soportaba, lo estaba lastimando nuevamente... por su egoísmo.

 ¿Me tienes miedo? – le preguntó.

 No. ¿Adónde vamos?

 A jugar un rato, sólo a jugar.

Mabel llegó con las golosinas, se las dio a Mariel y ésta se las entregó a él. Sus ojos se iluminaron de alegría mientras su entusiasmo le hacía abrir la bolsa con desesperación. Al instante Mariel sintió que tiraban de su camiseta, se volvió hacia el pequeño y éste le dio un beso lleno de azúcar, ella lo abrazó fuertemente. Mariel sentía que ese era el día más feliz de su vida. Ivan casi no mencionó a su madre y ella compartió cada momento con él. A las nueve de la noche, agotado de jugar y comer recordó su casa y su familia y pidió que lo llevara con ellos. Mariel se preguntaba si habrían hecho ya la denuncia por la desaparición del niño. Al rato el niño comenzó a llorar fastidiado por el cansancio y salieron hacia su casa. Cuando llegaron allí el niño se había quedado dormido. Mariel aparcó frente a la puerta, no le importaba demasiado que la vieran. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente apoyando las manos y la cabeza sobre el volante. Lo miró luego en silencio, le acarició suavemente los brazos y entonces él se despertó rápidamente. Cuando vio que estaban en su casa quiso descender de inmediato. Espera – le ordenó ella y él se detuvo de inmediato.- Cielo, – siguió acercándolo a ella – dame un beso.

El niño se colgó de su cuello con fuerza. Su pecho se llenó de angustia y de dolor, un nudo cruzó su garganta y sintió que no podría disimularlo, el dolor era demasiado fuerte, tan fuerte,... indescriptible, un gran vacío crecía dentro de sí y una mano gigantesca y helada le arrancaba de su pecho el corazón desaprensivamente. Donde había algo tibio y dulce tan sólo quedaba angustia, soledad, pena, culpa y desconsuelo. No comprendía cómo había logrado controlarse tantos años y mucho

menos cómo lograría hacerlo de ahora en adelante. Mientras lo apretaba contra su pecho y sentía a ese bebé crecido se sorprendió al recordar el aroma de su piel y su pelo. No era un saludo más, tal vez sería el último, pero ella no podía sobrevivir una mañana más sin un beso suyo, sin servirle el desayuno, sin mirarlo a los ojos. Absolutamente todos habían decidido por ella que abortara a ese niño y fue ella la única que decidió no hacerlo, a fin de cuentas era su cuerpo y su vida... Y claro, como eran su cuerpo y su vida absolutamente nadie, ni siquiera quienes tanto alardeaban de quererla le habían echado una mano en su momento. Si no hubiera sido por la miseria..., la soledad, la vida misma sin futuro que se le presentaba a ella y a su hijo. Pensó también en él cuando lo decidió, quizás pensó en él antes que en nadie. Él merecía la oportunidad de tener una madre y un padre que lo amaran y lo hicieran vivir en una familia normal sin faltarle nada, ser un niño como los otros y no... ¡Por Dios! El niño criado por la prostituta y su amiga, en una pocilga de hostal como máxima expectativa, con menos de lo indispensable... Sí, lo había hecho por él aquella vez, debía seguir pagando el precio ahora dejándolo ir una vez más.

 ¿No vienes? – preguntó.

 No, no ahora... pero, dime ¿te gustaría que volviéramos a pasar un día como hoy?

 Sí.

 Pues, entonces, nadie debería saber que has estado conmigo hoy.

 ¿Por qué?

 Bueno... ya sabes ... las madres somos un pelín celosillas y ... cuando nuestros bebés salen por allí a pasar un buen rato con otras personas nos da mucha pena..., las madres queremos a nuestros niños sólo para nosotras.

 Vale – dijo poco convencido.

 Cuando desciendas golpea la puerta de tu casa y espera a que te abran, no te marches.

 Vale.

Le abrió la puerta para que bajara y sin saber por qué le habló como si pudiera comprender.

 Perdóname – dijo.

El niño se bajó, y cuando Mariel vio que había llegado a la puerta hizo sonar repetidamente el claxon hasta que vio que la puerta se abría. Aceleró su coche. Seguramente sabían que había sido ella pero no le importaba más que porque eso seguramente le cortaría la posibilidad de volver a verlo.

Aunque no le importaban tanto las consecuencias se encontraba

hecha mil pedazos, pedazos que nadie pensaba recoger y que ella misma no podía hacerlo. Ya no controlaba sus pensamientos, por supuesto menos sus sentimientos, todo giraba, todo se reía de ella, sin salida, encerrada, en un espiral embrujado en el cual la única constante era el dolor, la desesperación, la soledad, la culpa y la pérdida. El juego sádico de los hombres de su vida la había hartado, la motivación mezquina de sus acciones le causaba náuseas... pero a la vez se sentía paralizada... qué hacer, qué hacer. ¡Quizás la muerte podría resolverlo! Pero... no era tan valiente. Quizás el alcohol y los fármacos ayudaran...

21

Regresaron a la habitación de Mabel sin cruzar palabra. Mabel se acostó a dormir. Mariel se desvistió, se sirvió el peor whisky que había probado en su vida en un vaso rajado y sucio y se metió a la cama. Bebió tres vasos seguidos. Mabel le pidió que apagara el cigarrillo porque estaba llenando el cuarto de humo y luego de refunfuñar se durmió. Como a la media hora, mientras estaba sumergida en pensamientos tontos y en una depresión más absurda aún, Mariel escuchó que golpeaban la puerta, se puso una bata de su amiga y fue abrir. Se trataba de la dueña del hostal, venía con un hombre, su marido. La mujer se fue dejándolos solos y él entró cerrando bruscamente la puerta. La abofeteó violentamente y la cogió de los cabellos haciéndole golpear la espalda y la cabeza contra la pared.

 ¡Gilipollas! – gritó.

Mabel se despertó sobresaltada y lo miró con terror.

 ¡Estúpida borracha! – la insultó apretando su garganta con la mano – Te advertí que no lo hicieras. ¿Desde cuándo una puta tiene instinto maternal?

Mariel se sentía sumamente aturdida, casi no podía entender lo que le decía. Mario la liberó y ella se acercó a la mesa y volvió a beber. Cuando se sirvió el segundo vaso él se lo arrebató de la mano y se lo arrojó a la cara para llenar otro y volver a hacer lo mismo preguntándole si aún quería más. La arrastró de un brazo al pequeño cubículo donde se encontraba la ducha y la abrió poniéndola debajo; el agua helada la estaba congelando, entrándole por la nariz y la boca. Cuando él creyó que ya era suficiente la sacó de allí y la empujó contra la pared haciéndola caer al suelo.

Mabel se encontraba aterrorizada, ni siquiera se movía, durante todo ese tiempo Mariel no pronunció ni una sola palabra, ni gritó ni se quejó. Él cogió la ropa que estaba sobre la silla y se la arrojó a la cara gritándole que se vistiera. Lo miró atontada y él le pateó la pierna.

 ¡Vístete, zorra!

Mariel miró a Mabel quien conocía sus miradas, sobre todo aquellas sin expresión, vacías, como los ojos vacíos de una estatua. Mabel cogió el bolso de Mariel del lado de su cama y se lo arrojó. Ella lo cogió rápidamente con las manos húmedas y sacó de él una pequeña pistola que él mismo le había regalado y que siempre llevaba consigo. Mario se encontraba casi totalmente de espaldas cuando Mariel lo llamó apuntándole.

 Mario – dijo y se oyó un ruido fuerte y seco.

El arma tembló en las manos de Mariel. Al encontrarse ante tan fuerte agitación nerviosa había fallado en un intento inconsciente. Mario le arrebató el arma y la guardó en su chaqueta. La cogió bruscamente de un brazo poniéndola de pie, cogió el abrigo que Mariel le había regalado a Mabel y se lo echó sobre las espaldas sacándola a empujones del lugar. Mariel se sentía entre horribles tinieblas, como flotando en el aire, ya que por más esfuerzo que hiciera no podía descender por aquellas escaleras pues no podía controlar ni coordinar sus movimientos. Por esto, Mario se vio obligado a empujarla y a arrastrarla por ellas. Cuando llegaron a la calle la obligó a entrar a su nuevo Mercedes y se marcharon.

22

En su habitación y a media luz, Mariel había pasado el último día sin levantarse de su cama. Le dolía todo el cuerpo ya que lo tenía lleno de magulladuras, el rostro se encontraba tan lastimado que casi no podía abrir la boca. Lo peor era su cabeza, no podía concentrarse en nada, todo giraba a su alrededor, la habitación era un inmenso carrusel que no dejaba de girar en ningún momento. La cama parecía tambalearse debajo de ella. No podía soportarlo, intentó ponerse de pie pero sus piernas no la ayudaron demasiado. Hacía tanto frío, tenía tanto frío como jamás había sentido. No era tan importante el dolor que sentía como el miedo, un miedo que se aferraba a su pecho y no la dejaba. Torpemente llegó hasta la

puerta y con su mano temblorosa encontró el picaporte que pesaba toneladas. Cuando salió al corredor, la luz la encegueció y éste se prolongaba infinitamente hacia delante. Caminó afirmándose en las paredes, pero no pudo seguir haciéndolo ya que vio cómo una gigantesca araña se trepaba por su mano y su brazo... Comenzó a gritar, intentó correr, pero las arañas estaban por todas partes, el pasillo se iluminaba y oscurecía, no sabía por dónde andaba. Dos manos la aferraron firmemente cuando su caída por las escaleras parecía inevitable.

 Mariel ¿Qué pasa? – preguntó Alejandro espantado mientras la sostenía.

Ella tan sólo gritaba y se quejaba, le gritaba que había

arañas por todas partes e intentaba quitárselas. Intentó calmarla, pero no pudo él mismo calmarse cuando vio su rostro, completamente lastimado.

 Tranquila, Mariel, tranquila, ya está todo bien, ya no están, se han ido. Tranquila – le decía mientras la abrazaba fuertemente y ella intentaba liberarse.

Un fuerte dolor de estómago le hizo a ella perder todas las fuerzas. Dame algo – pidió Mariel.

 ¿Qué? – preguntó él desconcertado y asustado. No lo sé, algo, lo que sea, dame un whisky, dámelo. Te llevaré a tu cuarto.

 ¡Dame algo te digo! – gritó ella empujándolo con las pocas

fuerzas que le restaban, y en ese intento de zafar tropezó en los escalones y cayó rondando al suelo.

Alejandro la cogió en sus brazos y la llevó al dormitorio, la depositó en la cama y salió del cuarto a buscar alguna cosa para darle, él aún no sabía bien qué.

Al salir Alejandro, Mariel se deslizó rodando de la cama, de rodillas comenzó a vaciar todos los cajones de la mesa de noche, de la cómoda, buscando algo, un cigarrillo, algo de alcohol, pastillas, lo que fuera.

Cuando Alejandro regresó con una botella de brandy la encontró acostada de lado en la alfombra, fumando un cigarrillo, temblando. Al verlo ella se incorporó, llenó un vaso derramando la mitad y lo bebió de un golpe. Luego se sirvió otro y se dejó caer al suelo. Cogió a Alejandro por su camisa para acercarlo a ella mientras alzaba su cabeza.

 Lo quiero mucho, de verdad, mucho, mucho – sus palabras se entrecortaban, como si no tuvieran coherencia. Ella hizo que se acercaran más, como si hablara en confidencia. – Sabes ... cuando lo

dejé .... creí que era lo mejor para él, creí que de esa manera lo tendría todo, todo lo que yo no podía hacer por él.
Alejandro la escuchaba en silencio mientras asentía con su
cabeza, su pecho se ahogaba al verla y escucharla.
 Finalmente ... – continuó ella desvariando – Todo el mundo me exige algo. Es que siempre debo ser como otro quiere. Siempre debo hacer lo que otro quiere. Y no veas cuando hago lo que quiero y soy como soy... entonces... pasa lo peor... Y yo ¿qué puedo exigir? – continuó mirándolo fijamente - ¡Una mierda! Nada, cuando pido algo, nada, siempre es demasiado, nunca lo merezco, o debo dar mi vida a cambio para conseguirlo... A él iba a pasarle lo mismo, pero yo quiero que él exija, que él reciba. Quería que estuviera del lado de los fuertes, de los que lo pueden todo, que fuera... normal... – Mariel soltó la camisa de Alejando y se dejó caer somnolienta y cansada – Ahora sé que no es posible, lo necesito tanto que me falta el aire y la razón. Dime... ¿Cómo hago para perdonarme? ¿Cómo...?
Alejandro la cogió en sus brazos fuertemente, ella sólo
lloraba sordamente, profundamente, como jamás la había visto llorar. En realidad, jamás había visto que ella derramara una lágrima. Mariel comenzaba a desvariar de verdad, a faltarle el aire, Alejandro la llevó en sus brazos hasta la cama, la abrigó con las mantas, le acomodó el cabello, la miró angustiado mientras ella ya no se daba cuenta de nada.
 Tú no crees que pueda ayudarte ¿verdad? – dijo él – Voy a demostrarte que sí puedo. Voy a hacer por tí lo que nunca nadie ha hecho.

23

Los días siguientes fueron confusos y largos. El malestar de Mariel se incrementaba, su paranoia crecía a pasos agigantados y su estómago no le permitía probar bocado. No cruzaba palabra con su marido, casi no salía de la casa salvo una que otra vez a algún bar a emborracharse hasta caer desmayada.

Mariel ya no vivía allí, tan sólo su cuerpo habitaba esa casa. En su cabeza todo el tiempo pensaba una y otra vez cómo salir de allí, cómo recuperar a su hijo, cómo recuperarse a sí misma. Sabía perfectamente que necesitaba ayuda, no podía pensar en una vida normal de aquella manera, sabía que no podía dejar de beber por sí misma, pero tenía miedo, tanto miedo... ¿Cómo hacerlo? ¿Por dónde comenzar? ¿Y si fracasaba? ¿No era mejor quedarse así en aquel estado de obnubilación casi permanente? Sabía que no, pero

no tenía demasiados intervalos lúcidos como para tomar una decisión sobre eso. Los golpes de su cuerpo y de su cara prácticamente habían desaparecido, pero jamás los del alma, aquellos dolían cada vez más y no sabía cómo curarlos.

LA LUZ

1

Hasta que una tarde estaba Mariel sentada en la sala, como siempre mirando la nada, Mario sentado frente a ella lápiz en mano, preparando la lista de invitados para el cumpleaños de ella.

 Ya me olvidaba de mi hermana. – dijo él.

 No pierdes nada, si hace años que no le hablas.

 No es bueno para mi imagen. Esto de estar distanciado de

mi propia hermana. ¿Qué pasa? ¿Te molesta que venga?

El teléfono sonó y la criada le pidió que cogiera la extensión de la biblioteca. Ella se puso de pie pesadamente y fue a atender. Escuchó la voz de Ángel y colgó el auricular. Sintió a alguien a sus espaldas y al volverse se encontró con Alejandro.

 ¿Aún estás tan triste? – preguntó él – Sabes que no me gusta que estés así. Te prometí hace no mucho tiempo que te ayudaría. Te traeré lo que tú deseas.

 Estás loco – respondió ella tristemente – Eso es imposible.

 No es imposible – respondió él besándola en la frente mientras Mario aparecía en la puerta de la habitación.

 ¿Qué vas a traerle tú? – preguntó Mario a su hijo.

 No te importa.

 Hablas con mi mujer ¿Te parece que no me importa?

 ¿Y desde cuándo te importa lo que le pasa a tu mujer? – respondió el joven enfrentándolo.

 Desde ahora.

 Me parece un poco tarde. – continuó mirándolo con infinito desprecio – De todos modos está muy bien que hayas interrumpido nuestra conversación. No pensaba despedirme de ti, pero como a pesar de todo eres mi padre y ya que estás aquí ...

 No tienes por qué despedirte si no te apetece.

 No me apetece pero me das lástima, en verdad, muy pocas personas perdieron alguna vez todo lo que tú vas a perder. Estás solo, papá, muy solo – dijo Alejandro ahogándose – Y no lo quieres comprender. Muy pronto mirarás a tu alrededor y no encontrarás a nadie que te aprecie. No tendrás nada de verdad.

Alejandro se acercó a Mariel, la abrazó y la besó rápidamente, para luego marcharse.

 ¡Alejandro! –Gritó Mariel angustiada y corriendo hacia él ¡No te vayas! – Él se volvió hacia ella quien lo cogió de los brazos – Por favor. No me dejes sola. Tú también no. Te necesito.

 Pero si no te abandono – respondió él abrazándola – No te abandono, por el contrario. Regresaré, y cuando lo haga todo cambiará. Nos parecemos mucho ¿sabes? ¿Será por eso que te quiero tanto? Estamos solos, no tenemos familia, nos sentimos perdidos en un mundo que es hostil para nosotros. – le cogió el mentón y mirándola continuó e intentó esbozar una sonrisa para animarla – Pronto, muy pronto.

Alejandro se marchó, Mariel volvió a padecer otra puerta cerrándose, pero ésta la sintió como la peor. Mientras tanto Mario la observaba escrutándola, encendió un cigarrillo y se lo puso a ella en los labios.

 Que conmovedor … – dijo sarcástico.

 Te callas. – dijo ella.

 Pobrecillo, ¿no te da lástima? Otro tonto que cayó, eres peligrosa.

 Pero ¿qué dices?

 Que mi hijo se dejaría cortar en pequeños pedazos por ti – respondió él seriamente – Sin querer, le has dado exactamente lo que él necesitaba. Te has ocupado de él todo el tiempo, lo has mimado, tanto como yo no he querido hacerlo y ahora ve en ti a una heroína de película, una pobre mártir. Bueno, además los dos sois jóvenes y se ha encariñado contigo. Se le han mezclado los sentimientos al pobre. Te quiere como a una madre a pesar de tu edad, te cuida como si fueras su hermana menor, y te desea como mujer que eres, como a la joven y sensual esposa de su padre.

 No digas eso. Eres injusto. No es así.

 Puedes negarlo cuanto quieras, Mariel, pero es como te digo.

El rostro de Mario se ensombreció, se acercó aún más a ella y le acarició el cabello.

 Creo que equivoqué los objetivos – reconoció él – Jamás debí haberme casado contigo. Fue una especie de suicidio para ambos. Los dos estamos en cierto modo vacíos. Yo necesitaba una tía a la que no le importara nada de nada y tú a alguien que te convirtiera en el centro del mundo, de su mundo, pequeño y absurdo, pero un mundo para dos, como hace mi hijo contigo. Nos equivocamos. Pero bueno, eso no hará que nos separemos, simplemente admito que me

he equivocado. Sabes, – continuó en confidencia – lo quiero, lo quiero y me duele que sea tan tonto, tan débil, tan flojo, tan estúpidamente valiente, como su madre. Además no me ha gustado esto de que se haya ido y si regresa me las pagará.

Mario se alejó de ella y se marchó. Mariel quedó perpleja, no podía asimilar todo aquello, tanta contradicción. Pero tal vez no fuera necesario comprender, para qué serviría hacerlo. Lo único que realmente le importaba era saber qué pensaba hacer Alejandro, algo le decía que fuera lo que fuera le traería a él grandes problemas.

3

La noche del cumpleaños número 25 de Mariel, ella en su cuarto como siempre en penumbras, se mecía en su hamaca con su traje de fiesta blanco, tan bonito como ella aquella noche. Tenía tanto miedo, tanto que no podía evitar que las lágrimas asomaran por sus ojos. La planta de abajo estaba colmada de gente, esperándola, y ella medio borracha y perturbada, sin atreverse a dar un paso fuera de aquella habitación. La música podía escucharse desde donde ella estaba, y la voz de su marido llamándola. Terminó su vaso de whisky junto a cinco pastillas que conservaba en su mano para ese momento. No quería salir, no podía hacerlo. Toda esa gente esperándola allí abajo, debía mostrarse nuevamente como Mario deseaba, representando un papel que jamás había terminado de comprender, debía ser quien no era, ya no sabía quién era..., por favor, quién era...

Tambaleante, con el suelo moviéndose debajo de sus pies, salió del cuarto. Pudo ver a los invitados desde el balcón de la escalera, sonrió a pesar de sí misma, descendió lentamente, las pastillas parecían estar haciendo su efecto, en unos instantes estaría muy feliz como todos esperaban, los rostros de las personas se veían deformados y desproporcionados. Comenzó a perder los reflejos, aquellos rostros horribles se abalanzaban sobre ella, contuvo la respiración y siguió avanzando.

El suelo era como imperfectas nubes blancas, los invitados movían la boca, seguramente le hablaban, pero no podía comprenderles. Mario la cogió de un brazo y bailó con ella.

 Vamos, Mariel – dijo Mario primero a ella y luego dirigiéndose a sus invitados – Mi esposa baila muy bien pero es tímida y no quiere encantarnos con su arte. Vamos, querida.

Mariel lo miró asustada apartándose de él rápidamente.

¿Qué pretendía él con eso ahora? Se alejó lo más que pudo

apoyándose en la escalera, cogió un cigarrillo y un joven se acercó a encendérselo.

 Hola Mariel – dijo él con una sonrisa sincera, algo en él decía que no pertenecía a ese ambiente.

 Hola – respondió Mariel y él la alejó de la multitud donde pudieran hablar.

 Soy Javier, amigo de Alejandro – contó él.

 Lo sé, creo recordarte. - respondió, pero las pastillas y el alcohol no le permitían aclarar su mente.

Javier le cogió la mano y la guió hasta el garaje, al abrir la puerta se encontró con Alejandro quien la estrechó en sus brazos como si hiciera siglos que no se veían. Alejandro agradeció a su amigo y le dijo que ya podía dejarlos para que no se comprometiera aún más. Javier le palmeó la espalda a Alejandro luego de preguntarle si se encontraba seguro y afirmarle que podía contar con él en cualquier caso para luego marcharse. A Mariel le extrañó ver la puerta del coche Alejandro abierta, se acercó y vio a Ivan dentro, quien al verla sonrió sin entender demasiado. Mariel lo sacó del coche para abrazarlo y besarlo, aún sabiendo que aquello, salvo ser un sueño, traería desastrozas consecuencias. Mientras lo estrechaba entre sus brazos miró a Alejandro interrogativamente.

 Es mi regalo de cumpleaños – dijo él acariciándole la mejilla. Es... es imposible. No tengo ningún derecho sobre él. ¿Ningún derecho? Eres su madre. Tienes todo el derecho del

mundo. Él te quiere, estoy seguro de ello, y te querría mucho más, te adoraría si pudiera estar contigo para siempre. Mariel, puedo llevarlos a donde quieras. Sólo tenemos que montarnos a ese coche e irnos. Por favor – pidió abrazándola – Es un favor que nos haces a todos.

Mariel titubeaba, el amor por su hijo le hacía temer hacerle más daño aún, pero no pudo pensarlo demasiado, la puerta del garaje se abrió y ambos se sobresaltaron. Mario apareció con otros cuatro hombres.

 ¡Qué conmovedor! – dijo Mario al entrar.

 ¿Necesitabas venir con esos cuatro para enfrentarte a nosotros? - dijo Alejandro.

Uno de los hombres le arrebató al niño, quien comenzó a llorar. Alejandro se arrojó sobre él, pero Mario comenzó a golpearlo violentamente mientras los demás sujetaban a Mariel quien gritaba suplicando que se detuviera.

 ¡Mario, basta! ¡Basta! ¡Hazlo conmigo, pero no con él! Déjalo ir, deja en paz a tu hijo.

 Me emociona hasta las lágrimas, la pobre mártir siempre sacrificándose por los demás – respondió Mario mientras dejaba a su hijo tendido en el suelo echando sangre. La cogió de un brazo y la llevó arrastrando hasta el interior de la casa, en la cocina él mismo le sirvió una copa. Comenzó a zamarrearla hasta lastimarla y sentenció:
 Toma, bebe, y si esta noche haces todo lo que te digo, nada le sucederá a tu romántico admirador. Pero recuerda, nada de caras largas ni malos modos. Aquí no ha sucedido nada. Ah, y de tu hijo..., olvida que alguna vez existió. Te dije una vez que si volvías a cometer una imprudencia lo perderías para siempre. Ahora no volverás a verlo ni a saber dónde está.

3

De regreso en la fiesta el barullo y la música disimulaban lo ocurrido. Mariel ponía su buena cara a los invitados tan sólo pensando en Alejandro y en su hijo, temiendo que su esposo cumpliera su amenaza. Se encontraba totalmente perturbada. De pronto, la llegada de alguien comenzó un pequeño alboroto. Se trataba de la hermana de Mario. Mario fue a buscarla y la acercó a su esposa, se trataba de una mujer bastante bonita y elegante.

 Te presento a Elena, mi hermana – dijo Mario mientras la mujer sonreía.
 Un gusto, Mariel. Feliz cumpleaños – dijo la mujer besándola, pero Mariel estaba tan perturbada y tensa que no pudo responder.
 ¿Por qué no le presentas a tu esposo? – dijo Mario.
 Por supuesto – respondió la hermana cogiendo a Mariel de la mano, como si se conocieran de toda la vida, complacida de haber conocido finlamente a su cuñada y llevándola hacia un grupo de hombres cerca de la entrada. Elena llamó a uno de ellos. El joven se volvió y Mariel sintió que sus piernas flaqueaban, intentó esconder su sorpresa pero era imposible, se trataba de Ángel.

Todo giraba alrededor de Mariel, sólo podía ver los rostros de Ángel y Mario riendo. Elena los miró sorprendida y notó que su cuñada estaba temblando, le habló pero Mariel no la escuchó, tan sólo se liberó de su mano y echó a correr hacia su cuarto. Tuvo que abrirse paso entre la gente que se agolpaba, quien la miraba sorprendida mientras ella los empujaba para poder salir de allí. Al llegar a su cuarto cerró la puerta y se apoyó en ella pesadamente, en parte para sostenerse, pero también para estar segura de que nadie entraría allí. Se quedó unos instantes como sosteniendo la

puerta, en los últimos años su interior se encontraba colmado de tristeza, amargura y dolor, pero el sentimiento que la asfixiaba en aquel momento era muy diferente. El dolor seguía presente, pero un fuego diferente quemaba su pecho hasta dejarla sin poder siquiera respirar. Había sido exactamente todo aquello que le habían pedido que fuera, no entendía el motivo de tanta crueldad. Se había esforzado en dejar de ser ella misma, en satisfacer a todos aquellos que se encontraban a su alrededor. No entendía, no podía entender. Mario había cambiado su vida, ya no vendía su cuerpo a cualquiera sino a él y a quien él decidiera, todo aquello con la imagen que necesitaba dar a los demás, para que sus amigos le envidiaran, como si ella fuera un coche nuevo, o una nueva propiedad.

4

Mario se había empeñado en mostrarla como un objeto de placer que sólo le pertenecía a él. La desesperación y la ira estallaban en su pecho, deseaba golpearlo e insultarlo, pero nada de eso serviría para nada. Se quitó el hermoso vestido blanco y se miró al espejo, rió, tal vez su marido necesitara una dosis de su propio veneno. Como una marioneta a la cual le han cortado las cuerdas, pero sin tener un alma aún que pudiera controlarla, se vistió nuevamente pero esta vez con un vestido negro, sandalias de tacones muy altos, volvió a maquillarse y se arregló lo más sexy que pudo. Sobre el sinfonier había una botella de whisky que ella se encargó de vaciar bebiendo hasta lo último acompañado de todas las pastillas que le quedaban. No sabía exactamente por qué lo hacía, simplemente era el reflejo que había adquirido a lo largo de los últimos años cuando estaba desesperada o simplemente no soportaba ya tanto dolor e impotencia y simplemente necesitaba terminar con aquella insoportable pesadilla y despertar o domir para siempre acunada en otro sueño.

Las pastillas le dieron un grado de euforia que le sirvió para salir de la habitación y hablar con el DJ para que cambiara la música. Luego, se colocó en lo alto de la escalera y llamó la atención de los invitados. Todos se volvieron a mirarla.

 Mi esposo se ha empeñado en hacerme bailar esta noche. Pues bien, sabéis que para mí lo más importante es complacerle...

La música comenzó y Mariel comenzó a bailar sobre la escalera como lo hacía cuando trabajaba. Si para Mario ella era únicamente una prostituta con la cual podía divertirse aún riéndose de sus sentimientos, entonces ella actuaría como una prostituta. Los

invitados observaban el show sin comprender, algunos deleitados y otros ligeramente incómodos. En realidad, ella no sentía su cuerpo, sabía que se movía pero no lo controlaba. Sin hilos y sin un alma resultaba muy difícil mantener el control. Mario intentó detenerla, se sentía profundamente avergonzado por aquel espectáculo, pero su hermana le retuvo cogiéndole por el brazo y mirándolo a los ojos llena de rencor, ella no sabía exactamente lo que sucedía, pero no hacía falta ser demasiado inteligente para conocer que algo muy extraño había sucedido, y que ese algo extraño había perturbado profundamente a su cuñada siendo Mario el responsable.

Mariel continuó con su baile en la sala, acercándose a los invitados, cogiendo sus copas y bebiendo, todo giraba a su alrededor y ella se encontraba cada vez más liviana, ya no había rostros ni música, tan solo un pozo profundo y negro al cual caía precipitadamente sin poder evitarlo, mientras una mano enorme la empujaba hacia abajo, muy abajo, donde no había fondo.

5

Mario había pasado varias horas allí fuera, esperando. La puerta de la habitación estaba cerrada y él no se encontraba seguro de desear entrar. Siempre había detestado los hospitales, lo hacían sentir pequeño e inseguro. Cuando la puerta se abrió vio a su hijo salir de allí y se encontró con su mirada que se sostuvo en la suya infinitamente.

 Alejandro – dijo poniéndose de pie y acercándose a él, dudó un momento antes de seguir hablando - ¿Cómo está?

 Dicen – respondió Alejandro sin el más mínimo deseo de cruzar palabra con su padre – que le quitarán las sondas mañana. Ya ha salido del episodio, pero... no ha vuelto a tener conciencia. No saben por qué.

Alejandro intentó marcharse pero Mario lo detuvo.

 Alejandro. Espero que estés en la casa cuando Mariel regrese.

 ¿Regresar? – preguntó el joven con una triste sonrisa.

 Bueno, claro, ha de regresar en algún momento...

 ¿Tú estás de coña o es que no te enteras de nada? Aún no sé si es que eres un cabrón o un idiota.

 Cuando ella esté en condiciones se le dará una explicación.

 ¿Y tú crees que existe alguna explicación que pueda ser aceptable?

6

Mariel pasó mucho tiempo en el hospital. La trasladaron al área de psiquiatría cuando recuperó la conciencia. Las crisis eran muy frecuentes, casi todo el tiempo que estaba despierta se encontraba o sumergida en sí misma sin siquiera comer, ni siquiera pestañear, o en episodios de llantos, gritos y delirios. Alejandro pasaba gran parte del tiempo en el hospital aunque no le permitieran verla casi nunca. A él le resultaba extraño que su padre estuviera pagando por todo aquello. También le resultó extraño cuando Mariel se recuperó ligeramente y fue llevada a un centro de recuperación.

Luego de varios meses completó su terapia de desintoxicación y ya casi estaba lista para salir de allí. ¿Para ir a dónde? Se preguntaba.

7

La cuidadora le había dicho que tenía visitas; con su palidez y su delgadez extrema Mariel recorrió los pasillos del lugar hasta llegar al jardín en el cual los internos se encontraban con familiares y amigos cuando el tiempo estaba bueno. Se detuvo en la puerta al verlo, no quería hablar con él, había llegado a pensar que jamás volvería a encontrárselo. Mario la vio y fue a su encuentro. Hola Mariel – dijo mientras la cogió de un brazo casi más en

una caricia que en un intento de aferrarla. Ella lo rechazó con un movimiento.

Mariel caminó hacia un banco por su cuenta y se sentó en él, Mario se sentó a su lado.

¿Cómo estás? – preguntó él - ¿Cómo te sientes? – Mariel no respondió ni le miró, como si él no existiera.- Mariel, ¿por qué no me hablas? ¿por qué al menos no me dices lo que sientes?

Luego de un largo silencio Mariel respondió.

Creo... creo que es un poco tarde para esto – dijo y por primera vez lo miro a los ojos con los suyos enormes, bellos y deslucidos por el sufrimiento – No, no pienses que te digo esto para agredirte. En realidad es casi una disculpa. Nadie es tan culpable como yo. Si yo hubiese sido una persona sensata nada hubiera ocurrido. Pasé mucho tiempo culpando a todos por lo que me ocurría y esperando que alguien me echara una mano. Todo lo que me sucedía era por culpa de otro, nunca por mi propia responsabilidad. Soy una persona débil, dependiente, una alcohólica.

 Pero ya no – se apresuró a decir Mario – no después de esto. Ya estás bien ahora, no tienes por qué volver a caer. Te ayudaré.

 Lo siento – respondió ella con una triste sonrisa -, lo siento de verdad. No puedo regresar. Me siento muy avergonzada de mi misma. Seguir con esa vida sólo me llevaría a retomar mi locura. Me marcho y esta vez no regresaré. Me volveré más loca de lo que estoy si no lo hago. Ya no puedo seguir mendigando y esperando a que suceda algo que me haga cambiar para siempre. Debo cambiar yo, por mí misma.

 ¿Estás pidiéndome el divorcio? – preguntó Mario para terminar de comprender.

 En realidad no es importante, ni siquiera había pensado en ello. Aunque no me lo dieras no tengo nada que perder. El dinero, la supervivencia de mi cuerpo no es algo que me preocupe ahora.

Mario sintió que esta vez realmente la perdía, la cogió en sus brazos y la besó lentamente aunque ella no le respondiera. Te necesito – dijo él cogiéndole el rostro entre sus manos – Te necesito de verdad. Me equivoqué, no comprendí muchas cosas... Es que no podía verte a ti, fui tan egoísta que tan sólo quería hacerte a mi manera y tú no lo soportaste. Te manipulé y utilicé. Sólo puedo pensar en aquella noche, cuando te mostramos que nos habíamos burlado desaprensivamente. Y tú no dijiste nada, simplemente intentaste destruirte. Me siento muy mal. No tiene sentido nada de lo que sucedió, he sido un soberbio y un ignorante prepotente, y no puedo perdonármelo. Mariel quitó las manos de él de su rostro suavemente y esbozó una sonrisa de comprensión y despedida. Él le acarició el cabello.

 Me pregunté tantas veces durante este último tiempo, – continuó Mario - por qué no había permitido que te marcharas, si yo podía ver en ti lo que eras, por qué no te había dejado libre y sin amenazas. Tal vez estoy demasiado acostumbrado a comprarlo todo ..., no entiendo un no por respuesta, pero ahora sé que no puedo comprar el afecto de nadie, ni siquiera el de mi hijo. Sabes, nunca pensé que necesitaba afecto. ¿Para qué? Si esas cosas sólo sirven para sufrir. Amé a mi padre y murió cuando yo tenía 12 años, dejándome una gran fortuna y la exigencia de ser el mejor, de qué servía haberle querido; si no hubiera sentido nada por él no hubiera padecido su ausencia. La madre de Alejandro fue lo más importante de mi vida, hasta que murió cuando él tenía apenas unos meses y yo... yo nunca quise acercarme a él, casi ni lo veía de pequeño... ¿Para qué tanto cariño si luego tan sólo queda el dolor? Pero,

cuando te vi aquella noche entrando a la ambulancia, tan pequeña, tan indefensa... ya no pude verte como la mujer frívola en la que intenté convertirte.
Mariel lo observaba inexpresiva, comprendiendo, simplemente comprendiendo. Mario se puso de pie y encendió un cigarrillo, fumaba lentamente mirando al suelo.
 ¿Por qué lo han hecho? – preguntó ella entonces. En su voz no había angustia ni rencor.
 Ángel y yo... de pronto descubrimos que teníamos algo más en común además de ser cuñados. A ti. Aún recuerdo cuando descubrió que eras mi mujer, su rostro se descompuso y no dudó en contarme todo aquello que yo ya sabía porque tú misma me lo habías dicho. Él te odiaba profundamente, pero también supe que te amaba de la misma manera, a su enfermiza manera. Entonces Ángel lo propuso como un juego y yo acepté. A mí me parecía que tú estabas muy aburrida y por mi parte no deseaba la responsabilidad de hacer algo para cambiar eso, al menos no algo que representara una muestra demasiado grande de afecto. Por otra parte, él podía hacer que mi hermana me apoyara económicamente con los problemas que tuve, tú ya sabes... Tal vez no lo creas pero, en el fondo deseaba que pasaras un buen momento, que te aclararas algunas cosas, estaba seguro que no lo amabas, te sentía muy dependiente de mí, él tan sólo sería un momento agradable en tu vida. Pero las cosas se me escaparon de las manos, había algo entre vosotros que yo no había logrado percibir. No podía ver que en esos momentos exactamente estabas esperando que alguien te echara la mano para salir del pozo. Creo que la mejor manera de demostrarte que me importas es dejando que te marches, en paz. Voy a dejarte tranquila, Mariel. No te buscaré, ni amenazaré, ni nada. Como hombre, por mi orgullo, me gustaría pensar que regresarás alguna vez a mí.
 No me necesitas Mario, lo tienes todo.
 Sí, lo tengo todo. – dijo él mirándola con tristeza, como jamás le había visto. – Tengo cuarenta y ocho años y un hijo al cual no volveré a ver al menos por motivos agradables ya que soy y me he comportado como un capullo. También tengo propiedades, una mansión, una gran industria, cuatro coches, un chofer a mi disposición, y muchisimos amigos los cuales no volverían a hablarme si mañana me arruinara. Así que ya ves todo lo que tengo. También tengo un cúmulo de remordimientos y pensamientos absurdos sobre todo esto. Como verás soy la única persona que realmente te necesita. Prométeme que si no resuelves tu vida, ni te enamoras... volverás a mí.

 No puedo hacer promesas, Mario. Siempre he vuelto a ti cuando no he logrado resolverme, pero esta vez no espero que así sea.
 Mario se puso en cuclillas frente a ella.
 Dime que me entiendes.
 Te entiendo. – respondió Mariel.

8

Mario la convenció para que antes de irse fuera a recoger sus cosas a la casa. Mariel no deseaba hacerlo y lo conminó a que lo haría solamente si él no estaba allí en ese momento. La primavera había traído algunas lluvias y Mariel aprovechó un momento de descanso antes de dejar la casa para pasear por el parque debajo de la fina lluvia como tantas veces lo había hecho. De pronto vio la figura de Ángel recortarse entre los árboles. No soportaba verlo, no había vuelto a verlo desde aquella noche nefasta. Su instinto la impulsaba a salir huyendo, pero sabía que debía cerrar esa parte de su vida definitivamente, arrancarlo de ella.

 ¡Lárgate! – le grito Mariel.
 Necesito hablar contigo – respondió él sin gritar. Vamos, no seas ridículo. Lárgate ahora mismo si no deseas

que te haga salir por la fuerza por el personal de servicio. Te ruego que me escuches – continuó él acercándose más. Y yo te ruego que te marches. No me vuelvas más loca. Quiero ayudarte – dijo él.
 Entonces dame un whisky, es lo que más deseo en los

últimos meses. Además un whisky sería mejor compañía que tú. Eres un mierda insensible y grotesco.

Ángel alzó su mano para golpearla y ella la aferró en aire.

 Hazlo – dijo ella – atrévete a tocarme y te hago sacar a punta de pistola de aquí.
Ángel bajó su mano y la estrechó fuertemente, ella se quedó inmóvil y tensa.

 Perdóname – dijo él – Perdóname… Me cuesta decir esto pero sé que sino todo se perderá. Hablé con tu marido, me dijo que te vas.

Mariel lo apartó de sí.
 No María, no te vayas.

 ¿Tú me lo pides? Tú eres el único que realmente me odia, el único que tiene y ha tenido realmente como fin destruirme, eres el que planeó todo aquello tan sólo para lastimarme. Porque te amo – respondió él.
 ¿Qué? – preguntó ella sarcástica y con un nudo en la garganta – No, no, no. No vas a hacerlo nuevamente. No lo has logrado en el primer intento y ahora vienes con esto.
 ¡Pero no! - gritó él cogiéndola de los brazos y sacudiéndola – Te amo, te necesito, siempre te amé, nunca te olvidé, nunca. – Mariel le sonrió incrédula y él continuó – María, créeme, créeme, por favor. Sé que te cuesta pensar que es cierto, pero, todo este tiempo me mantuvo tan sólo la idea de volver a encontrarte y destruirte... o amarte, no lo sabía con seguridad. Si te vas, ya no tendré motivo para seguir con mi vida. Tu hijo, que también es el mío, sé que jamás lo recuperaremos pero... , podemos renunciar a él como lo he hecho hace tanto tiempo y tú luego. Pero estamos nosotros. Si nos amamos ¿Por qué separarnos otra vez?
Mariel lo miraba con los ojos brillosos, muy seria, recordó cuando él había renunciado a ese hijo antes que nadie, cuando no había tenido el valor de enfrentar la realidad y la había acusado de que ese hijo era de otro cualquiera, pero no de él. Pero también recordó mucho antes, cuando se amaban, cuando reían juntos, cuando los problemas no parecían existir sino tan sólo la necesidad de estar el uno con el otro. Es que eso era amor, se preguntaba, claro que no, no lo era. Y si lo fue ya no existía. Vio que Ángel lloraba y lo besó suavemente en los labios, él intentó estrecharla en sus brazos pero ella lo rechazó delicadamente, le acarició el rostro con la punta de sus dedos siguiendo el recorrido de las lágrimas. Si supieras cuánto te he amado – dijo Mariel en un susurro – He sufrido ese amor en silencio a lo largo de los años, intentando comprenderte y justificarte tantas veces. Te esperé, te busqué en el rostro de todas las personas que encontraba por la calle. Te amé en silencio hasta volverme loca. Y cuando regresaste, no regresaste para amarme sino para esto. Ahora te tengo, te tengo, estás aquí y dices que me amas, pero ... ya es muy tarde, muy tarde.

Mariel le sonrió apesadumbrada y se alejó de él, caminó hacia la entrada de la casa e intentó abrir la puerta. Ángel llegó hasta ella y la detuvo, comenzó a llover pesadamente entonces, él la aferró por los brazos y le besó los hombros y la espalda.

 No te vayas – pidió él – No me dejes. Lo has sido todo para mí y aún lo eres. No otra vez, no me dejes otra vez.

Ella se volvió hacia él y lo estrechó con fuerza, él lo había sido todo para ella también, sin embargo no podían volver atrás en el tiempo y reparar el daño que se habían causado. Hacía poco más de cuatro años ella se había sentido así como él ahora, abandonada y destrozada por no tenerlo. Deseó volver atrás, desandar el camino, deseó que volviera a ser él aquel joven de cabello alborotado, el que le hiciera conocer el amor, el que la llevaba de su mano a recorrer los jardines de la ilusión y la felicidad. Se besaron profunda y apasionadamente, ella intentó recuperar por un breve instante los labios de la adolescencia, catapultarse al pasado y capturar con su mano la sensación de aquel entonces. No era posible. Lo alejó suavemente de ella, mantuvo sus manos en el pecho de él marcando la distancia por un momento y con sus ojos le dijo que ya no era posible.

Mariel abrió la puerta y entró a la casa, se encerró en la biblioteca y lloró angustiada, no había llorado así desde hacía muchos años. El pecho se le partía del dolor, por el presente y por el pasado. Se acercó a la ventana, lo vio salir de la casa, subir al coche y marcharse. Se mordió los labios para no gritar, intentó ahogar sus lágrimas pero no pudo controlarlas.

9

El problema se llamaba Mariel, lo sabía muy bien, y mientras lo supiera podría hacer algo más consigo misma que lamentarse. No permitiría que la chantajearan emocionalmente o la compraran con ilusiones. Alejandro y Mabel eran las únicas personas con las cuales estaba realmente en deuda y vinculada, no pensaba olvidarse de ellas, pero tampoco se aferraría a ellas de ninguna manera, simplemente las amaría por lo que eran y compartiría, pensaba, mejores momentos en el futuro. La cera había comenzado a derretirse, aunque al hacerlo la quemara hasta arderle el alma, ya no necesitaba tener la forma que los demás quisieran, ya no necesitaba ser un juguete más en el escaparate. ¿Tendría el valor de deshacerse totalmente de su caparazón? Lo intentaría, simplemente lo intentaría.

La tarde en que salió definitivamente del centro, pudo ver a Mario de pie junto a su lujoso coche en el parking, se lo veía dócil y abatido pero a la espera de que ella cambiara de opinión a último momento. Mario jamás había suplicado por nada ni por nadie, no lo haría entonces, pero secretamente sabía que le esperaba una cruel lucha con sus fantasmas. Mariel subió al taxi que la esperaba, miró

a Mario a la distancia sin sonrisas ni muecas amargas, ya habían dicho todo lo que había que decir y ella ya había esperado por él todo lo que había que esperar en su momento. El coche echó a andar y tuvo miedo, por un instante pensó que aún podía regresar y esconderse en sus brazos confiando que todo sería distinto y mejor. Bajó el cristal de la ventanilla para que le diera el aire y vio a la gente corriente de todos los días, cada cual en su faena, se buscaban la vida, su propia vida, cada cual cargando en las espaldas y el corazón con su propia historia, ella no tenía por qué ser diferente. El coche se alejó, también su mente, quizás era la primera vez en muchos años en que su mente estaba puesta tan sólo hacia delante.

FIN